

Emilio Gentile

**La mentira
del pueblo
soberano
en la
democracia**



**Alianza
editorial**

Emilio Gentile

La mentira del pueblo soberano en la democracia

Alianza editorial

Índice

Por qué este libro

1. Nosotros, los pueblos
2. Democracia triunfante
3. Democracias enfermas
4. El pueblo dessoberanizado en la democracia recitativa
5. Nosotros, los gobernantes
6. Yo me juego la cara
7. ¿Es un ídolo el pueblo soberano?
8. ¿Puede extinguirse el gobierno del pueblo soberano?
9. Un amigo de la democracia

Para saber más

Créditos

Por qué este libro

El Genio del libro que vais a leer, cansado de ser un receptor pasivo de las palabras que el Autor escribe en sus páginas, comienza una conversación para saber cuál será el argumento, y el Autor responde que tiene intención de proponer algunas reflexiones sobre la democracia y el pueblo soberano, en un momento en el que las democracias actuales dan muestras de sufrir un grave malestar; malestar que está transformando la democracia representativa en una democracia recitativa, en la que al pueblo soberano se le asigna solo el papel de comparsa en el momento de las elecciones.

* * *

¿Qué tienes intención de escribir en mis blancas páginas?

Algunas reflexiones sobre la democracia y sobre el pueblo soberano. Democracia significa poder del pueblo. Si el poder pertenece al pueblo, el pueblo es el titular de la soberanía. Así, pues, en un Estado democrático el pueblo es soberano y ningún gobernante puede estar por encima del pueblo o fuera del pueblo. De la voluntad de los gobernados deriva toda autoridad de los gobernantes. Es el pueblo el que elige y revoca a sus propios líderes, según el método de libres, pacíficas y periódicas elecciones.

Así, pues, para ti la democracia coincide con la soberanía del pueblo, que elige a sus representantes y a sus gobernantes.

Así se entiende hoy la democracia. Pero hay muchas definiciones de democracia, algunas sencillas, otras muy complejas.

Casi siempre, a la democracia la acompaña un adjetivo, que especifica sus peculiaridades como ideal y como método de

expresión de la voluntad popular: democracia directa, representativa, deliberativa, participativa, liberal, oligárquica, popular, y otras.

Algunas definiciones prescinden incluso de referencias explícitas al pueblo soberano. Por ejemplo, según el economista austriaco Joseph Alois Schumpeter, la democracia consiste en «un *método* político», en el sentido de que es un instrumento constitucional para llegar a decisiones políticas, legislativas y administrativas, «en base al cual ciertos individuos obtienen el poder de decidir a través de una competición que tiene por objeto el voto popular».

Raymond Aron afirmó en 1960 que no estaba «seguro de que exista una democracia en el verdadero sentido de la palabra», porque si «conviene llamar así al poder del pueblo, se puede llamar democrático a cualquier régimen, incluido un régimen totalitario que se apoya en la voluntad popular». Por lo tanto, el sociólogo francés concretaba que «en el mundo en que vivimos, si se habla de democracia moderna, y no de la ateniense, los caracteres fundamentales de los regímenes democráticos son, precisamente, las elecciones, el régimen representativo, la lucha entre partidos y la posibilidad de cambio pacífico de gobierno». A esta definición de democracia me atenderé a lo largo de nuestra conversación.

¿Crees que vas a poder decir algo nuevo y original sobre la democracia?

No pretendo decir cosas originales, sino solo indagar si es verdad que en la democracia el pueblo siempre es soberano, hoy que la democracia parece triunfante en el mundo, donde casi todos los gobiernos afirman ser democráticos, y casi todas las constituciones de los Estados existentes declaran que la fuente de todo poder es el pueblo soberano.

Y ¿por qué crees que vas a poner en tela de juicio estas afirmaciones?

Porque temo que no sean más que palabras bonitas en un momento en el que, según muchos observadores, la democracia representativa está enferma, y son muchas las insidias que tratan de privar al pueblo de su soberanía. Entre todos los defectos que hoy se atribuyen a la democracia, a los gobernantes y al pueblo soberano mismo, pienso que los peores son la hipocresía, la mentira, el engaño y todo aquello que puede resumirse emblemáticamente en la palabra *idola* –que es el emblema de la colección en la que vas a aparecer¹–, referida a todo lo que produce una falsa o ilusoria percepción y comprensión de la realidad tal como es.

En el curso de nuestra conversación mostraré en qué sentido considero falsa la afirmación de que en democracia el pueblo es siempre soberano, citando ejemplos extraídos de la historia de la conquista de la soberanía popular. Sin embargo, procederemos en sentido inverso al curso de la historia: comenzaremos a andar desde el comienzo del siglo XXI, cuando la democracia resulta triunfante en el mundo con la derrota de sus enemigos, para remontarnos en el tiempo hasta el período de los orígenes, a las revoluciones democráticas del siglo XVIII, que fueron el inicio de la larga lucha para la conquista de la soberanía por parte del pueblo. En las conclusiones volveremos a la historia del pasado más reciente, a los primeros quince años del primer siglo del tercer milenio, deteniéndonos, en particular, en el estado de salud de la democracia italiana.

He elegido empezar con el ejemplo de la Organización de las Naciones Unidas porque es el más emblemático del éxito del pueblo soberano en el mundo contemporáneo, confirmado, como veremos, por la repentina y rápida multiplicación de los Estados considerados democráticos en el último cuarto del siglo xx.

Pero luego veremos cómo, en el momento mismo en que la soberanía popular parece triunfante, en las democracias reales se han manifestado los síntomas de un malestar: el principal y el más alarmante de todos es la desilusión, la desafección, la desconfianza del pueblo soberano respecto a los gobernantes, a las instituciones

democráticas, a los partidos, junto a la cada vez más difusa convicción, en el propio pueblo, de que ya no es soberano.

De los ejemplos que citaré, resultará evidente que la enfermedad de las democracias actuales tiene su origen, sin duda, en acontecimientos y condiciones recientes, pero no es un fenómeno del todo nuevo, porque ya se ha manifestado otras veces en la historia de la democracia moderna, desde sus orígenes con la revolución norteamericana y la revolución francesa. En ciertos aspectos, podríamos decir que la democracia, por su propia naturaleza, vive en un estado de crisis permanente, porque constantemente debe renovarse para adaptarse a las nuevas situaciones, con frecuencia imprevistas, en las que el pueblo soberano ha de vivir.

Comenzaré haciendo una comparación, de forma emblemática, entre la Organización de las Naciones Unidas y el pacto de la Santa Alianza, para mostrar qué extraordinario progreso ha realizado en doscientos años la conquista de la soberanía popular. Pero veremos también qué sombras de hipocresía han envuelto y siguen envolviendo la conducta de quienes declaran gobernar en nombre de y por la voluntad del pueblo soberano. Y veremos, finalmente, cómo estas sombras se han ido haciendo cada vez más largas en los años más recientes, precisamente cuando el triunfo de la democracia, al difundir por el mundo el halo luminoso de su ideal, prometía disolver las sombras.

En cambio, hoy parece que la sombra de la hipocresía democrática se va extendiendo con la representación escenográfica de una democracia recitativa, que tiene como escenario al Estado, como actores protagonistas a los gobernantes y como comparsa ocasional al pueblo soberano, que entra en el palco solo para la escena de las elecciones, mientras que el resto del tiempo asiste al espectáculo como público. La democracia recitativa parece ser el próximo resultado de la crisis de la soberanía popular precisamente en la «era de la democracia», como la definió Norberto Bobbio a finales del siglo xx.

¿Un libro más sobre la crisis de la democracia? Pero ¿no sabes cuántos libros se han escrito sobre este tema, al menos en los últimos cien años?

Lo sé, son muchos. Y muchos han sido publicados precisamente en el último decenio. Te cito, entre los más recientes, algunos que en sus elocuentes títulos parecen recalcar las etapas de un declive irreversible: *La democracia contra sí misma, El odio a la democracia, Democracias sin democracia, La democracia ¿es una causa perdida?, Vida y muerte de la democracia, El fin de la democracia liberal.*

Estos autores coinciden en constatar que el más grave síntoma de enfermedad en las democracias actuales, incluso en las consolidadas por una antigua tradición, es la pérdida de confianza en las instituciones democráticas por parte del pueblo soberano. Al que todos, hoy, reverencian como fuente de todo poder legítimo, mientras que, en todas partes, se ve limitado cada vez más a recitar el papel ocasional de gran elector de gobernantes, que luego ejercen el poder recibido para usos y finalidades que no responden en absoluto al bien común y a la voluntad de los gobernados.

Pero ¿por qué tú y los autores de los libros que has citado habláis de crisis o incluso de muerte de la democracia? Me parece que os gusta hacer profecías funestas.

No son profecías. Son hechos observados de manera realista, con consideraciones sobre sus efectos y sobre las posibles consecuencias para la suerte del pueblo soberano, que hoy parece que esté a punto de ser dessoberanizado.

Si miro al cielo y veo condensarse nubes negras, con rayos y truenos, y pienso que va a estallar una tormenta, lo que digo no es una profecía funesta, sino una consideración realista sobre lo que puede ocurrir, basada en la experiencia.

Y así es en lo que respecta al malestar actual de la democracia.

Pero ¿dónde están, hoy, las señales del temporal que amenazaría a la democracia? Vives en un país donde puedes pensar, hablar, escribir, viajar libremente. Puedes decidir dar tu contribución personal, con el voto, a la elección de aquellos que gobiernan. Vives en una república democrática, en la que la soberanía pertenece al pueblo, como afirma el artículo primero de la Constitución italiana. Pese a todo esto, temes, junto a muchos otros, inada menos que una crisis mortal de la democracia! Van a tener razón, pues, los que te llaman pesimista. Sería mejor que no afligieses mis páginas blancas con tus negras previsiones.

No soy pesimista, pero tampoco soy optimista. Trato de ser realista: observo la realidad tal como es, la realidad efectiva, como la llama Maquiavelo. Trato de entender lo que ocurre observando el comportamiento de los seres humanos, comparando sus pensamientos, sus intenciones y sus palabras con sus acciones y con los resultados de su comportamiento.

Observando lo que ocurre hoy en el mundo, donde casi todos los gobernantes se proclaman democráticos, donde casi todas las constituciones declaran que el pueblo es la fuente del poder, he querido constatar si los hechos corresponden a lo proclamado. Y he constatado, como decía antes, que hoy está teniendo lugar una mutación de la democracia representativa en democracia recitativa.

Entre una escena y otra de las elecciones, en el escenario de los Estados democráticos prevalecen las oligarquías de gobierno y de partido, la corrupción de la clase política, la demagogia de los líderes, la apatía de los ciudadanos, la manipulación de la opinión pública, la degradación de la cultura política a meros anuncios publicitarios.

Y todo esto ¿significaría la muerte de la democracia, como sostiene alguno de los libros que has citado?

La democracia no está grabada en el destino humano como un código genético. Ninguna población tiene la democracia en su ADN,

como se dice hoy con una horrible metáfora de un vago olor racista. Mi valoración es muy simple: si la democracia es el poder del pueblo soberano y el pueblo soberano ya no tiene poder, la democracia deja de existir o se convierte en algo distinto de lo que ha sido hasta ahora. Y también el pueblo soberano se convierte en otra cosa.

A la democracia y al pueblo soberano podría ocurrirles lo que les ocurrió a los antiguos dioses del Olimpo cuando surgió, se difundió e impuso el cristianismo. Cuál podrá ser el nuevo «ismo», que desecará la creencia en el pueblo soberano y la fe en la democracia no nos es dado, por el momento, preverlo. Desde el nacimiento del cristianismo hasta su triunfo como religión universal transcurrieron algunos siglos. Hoy, los cambios se producen de forma más acelerada. Pero también más imperceptiblemente.

Sea como sea, la democracia es un fenómeno histórico, y como todos los fenómenos históricos ha tenido un comienzo. Y podría tener un final. Así es para el pueblo soberano.

[1](#). Este libro ha sido publicado originalmente por la editorial italiana Laterza en su colección «Idòla». En la obra del filósofo Francis Bacon, los *idola* —«ídolos»— son los prejuicios que impiden el avance del conocimiento. (*N. del E.*)

1. Nosotros, los pueblos

Has dicho que hoy la democracia resulta triunfante en el mundo. Pero, al mismo tiempo, la democracia se ve afligida por una enfermedad, que podría llegar a ser incluso mortal. Me parece una buena, o mejor dicho una mala contradicción.

La contradicción está en la realidad, no en mis palabras. Y volveremos a encontrar a menudo esta contradicción a lo largo de la conversación. Porque, en cierto sentido, es una contradicción congénita, más que contingente, en las democracias actuales.

Para hacerla evidente, antes deberemos examinar si es verdad que la democracia parece triunfante. Hoy se habla mucho de crisis, de malestar, de enfermedad de la democracia. Pero no es la primera vez que esto ocurre desde que el gobierno del pueblo soberano ha conseguido llevar la delantera respecto al gobierno del monarca por voluntad de Dios.

Toda la historia de la democracia, desde las revoluciones democráticas del siglo XVIII hasta nuestros días, ha sido una historia de luchas, derrotas y conquistas, una sucesión de éxitos y fracasos, entre motines, disturbios, manifestaciones masivas, revueltas, revoluciones, guerras civiles, guerras entre Estados e incluso dos guerras mundiales: todas combatidas para reconocer al pueblo soberano, a todos los pueblos del mundo, el derecho de vivir en libertad y con dignidad, con el poder de elegir, juzgar y revocar a nuestros gobernantes. Y en los doscientos años de constante pero obstaculizado ascenso hacia la conquista de la soberanía popular, la democracia ha estado en crisis con frecuencia: algunos estudiosos han descrito el proceso democrático, entre comienzos del siglo XIX y la segunda mitad del XX, como una sucesión de «oleadas democráticas» alternadas con «oleadas antidemocráticas», hasta

que una tercera oleada democrática, surgida en el último cuarto del siglo XX, parece haber arrollado, con su ímpetu, cualquier grave obstáculo antidemocrático.

Para comprender lo que le sucede hoy al pueblo soberano, debemos hablar, ante todo, de sus éxitos, que los ha habido y que son muy importantes, porque de un siglo a otro, entre una oleada y la siguiente, superando las derrotas, los movimientos que han luchado en nombre del pueblo soberano han cambiado y mejorado, efectivamente, las condiciones de existencia de muchos millones de seres humanos, transformándolos de súbditos en ciudadanos.

Aunque hay quien afirma, como Schumpeter, que «el pueblo, en realidad, nunca ha gobernado, pero que nada impide hacer que gobierne por definición»; o quien sostiene, como Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, que el poder siempre lo detenta y ejerce una minoría a la que se denomina de varias maneras, como clase política, élite u oligarquía; o bien quien, como el que escribe, piensa que el pueblo soberano es uno de los grandes ídolos de la modernidad: pues bien, ninguno de estos puede negar que en nombre del pueblo soberano se ha cumplido, en un lapso de tiempo de poco más de doscientos años, la más gigantesca empresa en la plurimilenaria historia del ser humano: el traslado de la soberanía de Dios al hombre y la proclamación de los seres humanos como dueños de su propio destino.

Carecemos de espacio para enumerar todos los éxitos de la democracia, porque deberíamos contar la historia de los últimos doscientos años. Me limito a un ejemplo muy significativo, el más emblemático, para representar la victoria de la soberanía popular.

El 10 de diciembre de 2001, al secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, el ghanés Kofi Annan, le fue otorgado el premio Nobel de la Paz. En su discurso en la ceremonia de entrega del premio, Annan delineó la misión que la ONU se asignaba para el siglo XXI, con «una nueva y más profunda conciencia de la santidad y dignidad de toda vida humana, sin tener en cuenta la raza o la religión», y con mayor empeño, «como nunca

antes, para mejorar las condiciones de cada hombre y de cada mujer». Esto no habría sido posible, siguió diciendo el secretario de la ONU, sin garantizar la paz no solo a los Estados y a los pueblos, sino a cada individuo. «La soberanía de los Estados no puede ser usada como un escudo tras el cual perpetrar graves violaciones de los derechos humanos».

En el nuevo siglo, añadió el secretario general, las Naciones Unidas debían imponerse como prioridades principales «erradicar la pobreza, prevenir los conflictos y promover la democracia», porque «solo en un contexto democrático, basado en el respeto de la diversidad y el diálogo, puede garantizarse la libre expresión del individuo, el autogobierno y la libertad de asociación».

¿Por qué consideras el discurso del señor Annan el ejemplo más emblemático del éxito de la democracia en el comienzo del tercer milenio? Quizá sea oportuno explicar la relación entre la Organización de las Naciones Unidas y la democracia.

Las Naciones Unidas son la máxima organización internacional, fundada en San Francisco el 26 de junio de 1945, inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial.

La idea originaria, que repetía el modelo de la Sociedad de Naciones que quiso en 1919 el presidente de los Estados Unidos Thomas Woodrow Wilson, fue propuesta por el presidente Franklin Delano Roosevelt en una *Declaración de las Naciones Unidas* el 1 de enero de 1942, pocas semanas después del ataque japonés a Pearl Harbor, que provocó la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. La *Declaración* fue suscrita también por Gran Bretaña, la Unión Soviética y China (gobernada entonces por el régimen nacionalista del Kuomintang, presidido por el general Chiang Kaishek), y por otros veintidós gobiernos de países en guerra contra Alemania, Japón e Italia.

Todavía no había acabado la guerra cuando el 25 de abril de 1945, por voluntad del presidente Harry Truman, sucesor de

Roosevelt, que había muerto el 12 de abril, se inauguró en San Francisco la Conferencia Internacional que el 26 de junio siguiente dio origen a la Organización de las Naciones Unidas.

Los gobiernos firmantes, «comprometidos en una lucha común contra fuerzas salvajes y brutales que pretenden sojuzgar al mundo», expresaron su convicción de «que la completa victoria sobre sus enemigos es indispensable para la defensa de la vida, de la independencia, de la libertad civil y religiosa, y para la salvaguardia de los derechos del hombre y de la justicia en el propio país al igual que en los demás».

En 1945 los Estados miembros de las Naciones Unidas eran cincuenta y uno. A lo largo de los siguientes siete decenios, con el nacimiento de nuevos Estados surgidos tras el fin de los imperios coloniales, la descomposición del imperio soviético y el final de los regímenes comunistas en Europa oriental, su número ha aumentado continuamente.

Hoy los Estados miembros de la ONU son 193, de 196 Estados reconocidos. Entre los Estados que no son miembros está la República China de Taiwán, que formó parte de la ONU entre 1945 y 1971, cuando fue expulsada y su escaño asignado a la República Popular China, y el Estado de la Ciudad del Vaticano, admitido como observador permanente, al igual que el representante de la Organización para la Liberación de Palestina.

Pero todavía no has explicado cuál es el nexo entre democracia y Naciones Unidas. La ONU es una organización internacional de Estados que tienen regímenes políticos diferentes, y no me parece que la democracia, como tú la has definido, sea su característica común. ¿Qué tienen en común Gran Bretaña y Arabia Saudí, los Estados Unidos y la República Popular China, la República Francesa y la Federación Rusa? ¿Cómo puedes citar a las Naciones Unidas como ejemplo de éxito democrático?

Por lo pronto, podemos recordar que los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Arabia Saudí estaban entre los Estados fundadores de las Naciones Unidas. Ser miembro de las Naciones Unidas significa aceptar y compartir los principios y las metas de la organización, tal como han sido definidos por la Carta o Estatuto de la ONU, aprobada en 1945 y aún vigente.

La Carta comienza con una solemne afirmación de la voluntad popular, que es conveniente citar en extenso para captar inmediatamente el nexo con la democracia:

Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles, a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas, a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional, a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad, y con tales finalidades a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos, a unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, a asegurar, mediante la aceptación de principios y la adopción de métodos, que no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común, y a emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos, hemos decidido aunar nuestros esfuerzos para realizar estos designios.

La Carta indica que pueden ser miembros de las Naciones Unidas todos los «Estados amantes de la paz que acepten las obligaciones consignadas en esta Carta, y que, a juicio de la Organización, estén capacitados para cumplir dichas obligaciones y se hallen dispuestos a hacerlo».

Pero en el texto que has citado no se mencionan nunca la democracia ni la soberanía del pueblo.

Es verdad, no se habla explícitamente de democracia, pero me parece que la idea del pueblo soberano está explícita en las palabras

del exordio: «Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas». Y quiero que tengas presente que tales palabras están en el exordio de la Constitución de los Estados Unidos de América, aprobada en 1787 («Nosotros, pueblo de los Estados Unidos»), es decir, la primera constitución escrita, en la historia del género humano, en la que se proclama la soberanía del pueblo como fundamento del Estado.

Francamente, no pienso que la analogía entre el exordio de la Carta de las Naciones Unidas y el de la Constitución de los Estados Unidos sea una prueba de un reconocimiento común de la democracia.

Ten un poco de paciencia, y escucha lo que quiero añadir.

En efecto, ni siquiera la Constitución de los Estados Unidos menciona la democracia. Los Padres Fundadores preferían definir su Estado como una república en vez de como una democracia, porque, lo veremos más adelante, desconfiaban mucho de la democracia como gobierno de la mayoría del pueblo. Pero en la *Declaración de Independencia* de 1776 ya habían anunciado, de manera clara, los principios y los fines de un gobierno basado en la voluntad del pueblo:

Nosotros consideramos evidentes estas verdades: que todos los hombres han sido creados iguales y dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales está la vida, la libertad, la obtención de la felicidad; que para garantizar estos derechos se establecen entre los hombres gobiernos, los cuales adoptan sus justos poderes del consenso de los gobernados; que cada vez que una forma de gobierno cualquiera tiende a negar estos fines, el pueblo tiene derecho a cambiarla o a abolirla y a instituir un nuevo gobierno basado en tales principios y a organizar los poderes en la forma que le parezca al pueblo más apta para garantizar su seguridad y su felicidad.

Al oír tales afirmaciones, podría decirse que los fundadores de los Estados Unidos de América propugnasen una revolución permanente, o, por lo menos, periódica, por parte del pueblo contra

todo gobierno que no se comprometiese a alcanzar los fines definidos como verdades evidentes por sí mismas.

En cierto sentido, es así. De hecho, uno de los Padres Fundadores, Thomas Jefferson, elegido presidente de los Estados Unidos durante dos mandatos entre 1801 y 1809, sostenía que una revolución cada veinte años habría beneficiado la salud de la república manteniendo vivo y vigoroso en el pueblo el espíritu de libertad, porque la apatía del pueblo habría representado la muerte de la república. «Una pequeña revuelta de vez en cuando es una buena cosa, tan necesaria en el mundo político como los temporales en el de la naturaleza.»

De todos modos, al escribir el texto de la *Declaración de Independencia*, Jefferson aconsejó cautela al pueblo:

Ciertamente, la prudencia querrá que los gobiernos de fecha antigua no se cambien por razones fútiles y peregrinas; y, por consiguiente, la experiencia de siempre ha demostrado que los hombres están dispuestos a soportar los efectos de un mal gobierno, mientras estos sean soportables, en vez de hacer justicia aboliendo las formas a las que están acostumbrados. Pero cuando una larga serie de abusos y malversaciones, cuya finalidad es alcanzar ese mismo objetivo, revela el designio de reducir a los hombres al absolutismo, entonces están en su derecho, es su deber derribar un gobierno así y proveer nuevas garantías para su seguridad para el futuro.

Realmente, ¡es curioso este padre fundador de los Estados Unidos! Aconseja prudencia a los pueblos antes de rebelarse contra el gobierno que los oprime, y luego prevé revueltas periódicas para sacudir al pueblo por su apatía, que podría acabar con la república. Resulta espontáneo que nos preguntemos cuál es el grado de aguante máximo que el pueblo debe alcanzar antes de explotar en una revolución. Pero en tus citas de los documentos fundacionales de los Estados Unidos sigo sin ver su conexión con las Naciones Unidas. Además, los documentos americanos se remontan a más de ciento cincuenta años antes. Y algo habrá cambiado en todos estos años entre las condiciones del mundo en tiempos del nacimiento de

los Estados Unidos y las condiciones del mundo en tiempos del nacimiento de las Naciones Unidas.

Sí, mucho ha cambiado, pero muchos cambios han sido consecuencia de la larga lucha de la democracia contra sus enemigos para afirmar la libertad de todos los seres humanos, la igualdad de los ciudadanos y la soberanía del pueblo. La lucha comenzó en el siglo XVIII, cuando sobre los pueblos súbditos dominaban sin oposición el carácter sagrado de los reyes otorgado por Dios y garantizado por la Iglesia, el absolutismo monárquico, los privilegios hereditarios, la inmutable jerarquía de los órdenes, mientras la mayoría de la gente corriente se veía obligada solo a la obediencia, al trabajo y al pago de los tributos para mantener a los órdenes privilegiados y al monarca.

Contra estos enemigos se levantaron a finales del siglo XVIII las primeras revoluciones democráticas en América del Norte y en Europa occidental. Entre 1776 y 1789 el pueblo fue proclamado soberano en los Estados Unidos y en Francia. Con todo, mientras los americanos de las colonias británicas conquistaron la independencia y fundaron una república, que pronto se consolidó, empezando a expandirse por el continente, en 1815 los soberanos destronados o humillados por la Revolución francesa y por Napoleón derrotaron al pueblo soberano y reafirmaron la intangibilidad de la soberanía que les había conferido Dios en el pacto de la Santa Alianza, un tipo de organización internacional de los monarcas absolutos para unir fuerzas y defender su poder en contra de la democracia.

La comparación entre el pacto de la Santa Alianza, firmado por los monarcas absolutos de Rusia, Austria y Prusia, y la Carta de las Naciones Unidas, todavía vigente, pone de relieve el cambio radical que se ha producido en ciento treinta años, con el traspaso de la soberanía desde los reyes consagrados por Dios hasta los pueblos que se convirtieron en amos de su propio destino: una revolución sin precedentes, que hizo época, que puso fin definitivamente, en gran

parte del mundo, a milenios de predominio de la autocracia de los reyes en el gobierno de las comunidades humanas.

En este sentido, opino que las Naciones Unidas pueden ser consideradas el éxito más significativo conseguido por la democracia en su larga lucha para afirmar la soberanía popular.

La victoria planetaria del pueblo soberano está sancionada por la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, elaborada por una comisión presidida por la señora Eleanor Roosevelt, mujer del presidente de los Estados Unidos, y luego aprobada por la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948.

También aquí conviene hacer una comparación histórica, para recordar que cien años antes, en 1848, en gran parte de Europa estallaron revoluciones populares para conquistar la libertad, la soberanía y la independencia: para, en otras palabras, obtener el reconocimiento universal de los derechos del hombre y del pueblo soberano. Pero al año siguiente la «primavera de los pueblos», como se la llamó, fue truncada por las mismas autocracias por derecho divino que habían firmado el pacto de la Santa Alianza.

En 1948, de los 58 Estados que entonces formaban parte de las Naciones Unidas, 48 votaron a favor de la *Declaración*, ocho se abstuvieron (Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Ucrania, Bielorrusia, Sudáfrica y Arabia Saudí), y no participaron en la votación Yemen y Honduras.

La *Declaración Universal de los Derechos del Hombre* contiene un reconocimiento explícito del pueblo soberano, atribuyendo a todo individuo el «derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos»: «La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto».

Medio siglo después, al comenzar el tercer milenio, las Naciones Unidas han renovado su compromiso de llevar a cabo los fines

enunciados en la Carta y en la *Declaración Universal*.

Querría hacer algunas observaciones sobre las Naciones Unidas. Sin duda, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre está llena de buenas intenciones y de bellas palabras, pero se escribieron en 1948, cuando el mundo apenas había salido de la carnicería de la Segunda Guerra Mundial y los gobernantes, al igual que los pueblos, querían, sin duda, evitar el riesgo de otro gran conflicto. Desde entonces, con todo, han sucedido muchas cosas, se han producido acontecimientos tumultuosos que han cambiado mucho el mundo. Y ni siquiera se han evitado las guerras. ¿De qué manera, entonces, la ONU ha sido capaz de prevenir las guerras y realizar la democracia en los Estados que forman parte de las Naciones Unidas?

Verdaderamente, los éxitos de la ONU en cuanto a la paz y la democracia no han sido numerosos. Pero algo significa el que haya permanecido inmutable el compromiso de las Naciones Unidas para continuar y tratar de hacer más eficaz la obra iniciada en 1945, pese a los fracasos de su acción y los tumultuosos cambios ocurridos en el último medio siglo, que han tenido consecuencias en el seno de la propia organización, provocándole serias crisis en algunos momentos de la Guerra Fría.

El compromiso ha sido renovado solemnemente por los gobernantes de los Estados miembros en septiembre de 2000, cuando se reunieron en Nueva York en el cuartel general de la ONU para reafirmar su «fe en la Organización y su Carta como cimientos indispensables de un mundo más pacífico, más próspero y más justo».

Además de confirmar la misión por la paz, la seguridad, la lucha contra la pobreza, la promoción del desarrollo para todos los pueblos, los gobernantes de las Naciones Unidas reafirmaron «el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales; el respeto de la igualdad de derechos de todos, sin distinciones por motivo de raza, sexo, idioma o religión, y la cooperación

internacional para resolver los problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario». Finalmente declararon que «la mejor forma de garantizar esos derechos es contar con gobiernos democráticos y participativos basados en la voluntad popular». Y esta misma convicción respecto al gobierno democrático la expresó en una ocasión solemne el entonces secretario general Kofi Annan.

Me parece que esto es suficiente para justificar la elección de las Naciones Unidas como ejemplo emblemático del éxito de la democracia a finales del segundo milenio.

2. Democracia triunfante

Has dicho que la Organización de las Naciones Unidas, por el único hecho de haber vivido hasta ahora proclamando su compromiso con los derechos civiles y las libertades políticas, representa, a fin de cuentas, un éxito del pueblo soberano. Pero los Estados que forman parte de la ONU ¿reconocen todos ellos la soberanía popular como fundamento?

Excepto las monarquías absolutas que dominan todavía en los países árabes de Oriente Próximo, todos los demás Estados poseen constituciones que afirman la soberanía popular. También en este caso es útil hacer una comparación con los dos siglos anteriores, cuando comenzó la lucha por la conquista de la soberanía popular.

En 1815, en el continente europeo dominaban las autocracias por derecho divino. Además de la monarquía parlamentaria inglesa, que no tenía una Constitución escrita, estaban gobernados por monarquías constitucionales los pueblos de Francia, Noruega y Países Bajos. La única república, además de San Marino, era la Federación Suiza, que no era democrática en los gobiernos de sus veintidós cantones y estaba al borde de una guerra civil entre protestantes y católicos, que estallará luego, en 1847, y que concluirá al encaminarse Suiza hacia la soberanía popular.

En el resto del mundo había una sola república constitucional basada en la soberanía popular, Estados Unidos. Y en los dos primeros decenios del siglo XIX, solo en América Latina los pueblos se habían levantado contra el dominio colonial español, habían conquistado la independencia y creado nuevas repúblicas, modeladas a partir del ejemplo de Estados Unidos. Por todas partes, en el resto del mundo, los demócratas eran minorías perseguidas. También en los Estados Unidos a la democracia se la miraba con

desconfianza: los políticos evitaban incluso usar esta palabra, y si la usaban, era solo para despreciarla.

Ahora observemos el mundo de doscientos años después: «democracia» es una palabra rodeada de respeto sagrado y casi en todas partes el pueblo es reverenciado por los gobernantes considerándolo el único soberano, fuente legítima de todo poder. Y democráticos –es decir, basados en la voluntad del pueblo soberano– se definen casi todos los Estados del mundo actual. Y ello hasta tal punto que, en 1997, presentando una reunión sobre el Nobel, el politólogo sueco Axel Hadenius afirmó: «Los principios del gobierno democrático [...] han triunfado». En cierto sentido, hoy todos, o casi todos, nos consideramos demócratas.

¿Quieres decir que hoy, en casi todos los Estados, el pueblo elige y revoca libre y pacíficamente a sus gobernantes, a través de consultas electorales periódicas y genuinas; que en casi todos los Estados los ciudadanos tienen los mismos derechos civiles y políticos, son iguales ante la ley, poseen la misma dignidad, pueden decidir por sí mismos su propio destino? Resumiendo, ¿quieres decir que, hoy, en casi todos los Estados se ha hecho realidad la Declaración Universal de los Derechos del Hombre?

No nos precipitemos en seguida hacia una conclusión tan perentoria. Contestaré a estas preguntas, pero déjame antes que te explique por qué he dicho que hoy todos somos defensores de la soberanía popular. Podemos constatarlo si echamos un vistazo a las constituciones de los Estados del mundo actual. Debo limitarme, por fuerza, a algunos ejemplos, que, sin embargo, considero particularmente significativos.

Empecemos por Alemania, el país que en 1914 había contribuido a provocar la Gran Guerra con las ambiciones imperialistas de la monarquía prusiana, autoritaria y militarista, y que en 1939 de nuevo había hecho estallar una segunda guerra mundial por voluntad de Hitler y del régimen nacionalsocialista, desencadenando

un desafío mortal contra las democracias occidentales aliado con el régimen fascista italiano y el imperio militarista japonés. Derrotada, arruinada, dividida en dos Estados, la Alemania occidental, sometida al control de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, adoptó un régimen democrático representativo, mientras que la Alemania oriental, bajo ocupación soviética, se convirtió en un régimen totalitario comunista.

La Constitución de la República Federal Alemana del 23 de mayo de 1949 afirmaba, en su artículo 20: «Todo el poder estatal emana del pueblo. Este lo ejerce el pueblo en las elecciones y en los referéndums y a través de órganos especiales del Poder legislativo, del Poder ejecutivo y del Poder judicial». La Constitución de la República Federal Alemana se ha convertido en la Constitución de la Alemania unificada tras el fin de la República Democrática Alemana, disuelta junto a todos los demás regímenes comunistas de la Europa oriental.

Tras la desaparición del imperio soviético, viejos y nuevos Estados de la Europa oriental se han dotado de constituciones democráticas. La Federación Rusa, instituida en 1991, tiene una constitución democrática adoptada el 12 de diciembre de 1993 mediante la «votación de todo el pueblo». El preámbulo inicial comienza con las dos palabras de exordio que ya te son familiares: «Nosotros, pueblo plurinacional de la Federación Rusa, unidos por un destino común en nuestra tierra, afirmando los derechos y las libertades del hombre, la paz y el consenso civil». El artículo 3 afirma: «1) Titular de la soberanía y única fuente del poder en la Federación de Rusia es su pueblo plurinacional. 2) El pueblo ejerce el poder directamente, o bien a través de los órganos del poder estatal y los órganos del autogobierno local. 3) El referéndum y las elecciones libres son la manifestación directa suprema del poder del pueblo».

Así, pues, ya no existen en Europa regímenes comunistas, los que Stalin había denominado «democracias populares», que es como

decir: «gobierno del pueblo popular». El fin del totalitarismo comunista en Europa me parece realmente una victoria extraordinaria de la democracia representativa. Pero todavía hay Estados gobernados por regímenes totalitarios comunistas en otros continentes, y sobre todo en Asia.

Los hay, y se proclaman democracias populares, sosteniendo, como han hecho siempre los regímenes comunistas, que son democracias verdaderas, no falsas como las democracias de los Estados capitalistas, que enmascaran, tras la fachada democrática, la dictadura de la clase burguesa, mientras que en las democracias comunistas es soberano el pueblo auténtico, el pueblo de los trabajadores.

En China, la Constitución adoptada en 1982 afirma que la República Popular China «es un Estado socialista de dictadura democrática popular, guiada por la clase obrera y basada en la alianza obreroscampesinos» y que todos los poderes «pertenecen al pueblo».

También la Constitución de la República Popular Democrática de Corea proclama que la soberanía «está en manos de los trabajadores, de los campesinos, de los soldados, de los intelectuales y de todo el pueblo trabajador. El pueblo ejerce el poder estatal por medio de sus órganos representativos: la Asamblea Popular Suprema y las Asambleas Populares a todos los niveles».

Permaneciendo en las proximidades de las dos democracias populares asiáticas, echemos un vistazo a la Constitución del imperio de Japón, promulgada el 3 de noviembre de 1946, bajo la ocupación del ejército estadounidense, que obligó al emperador a negar su naturaleza divina. La soberanía popular se afirma en el exordio del preámbulo:

Nosotros, pueblo japonés [...] proclamamos que el poder soberano lo ostenta el pueblo y ordenamos y establecemos esta Constitución, basada en el principio universal de que el gobierno es un mandato sagrado, cuya autoridad deriva del

pueblo, cuyos poderes los ejercen los representantes del pueblo y cuyos beneficios los goza el pueblo, y rechazamos y revocamos todas las constituciones, las leyes, las ordenanzas y los reglamentos contrarios a lo que aquí se ha establecido.

El artículo 1 declara que el emperador «es el símbolo del Estado y de la unidad del pueblo; este deriva sus funciones de la voluntad del pueblo, en el que reside el poder soberano».

Pero volvamos un momento a Europa. Pienso que es superfluo pedirte ejemplos de los Estados europeos que desde hace mucho tiempo están gobernados por la democracia representativa y no han sufrido experiencias de dominio totalitario fascista o comunista.

Sin embargo, creo que debe citarse al menos a Francia entre los Estados democráticos de tradición más antigua, porque su democracia ha sido la más atormentada a lo largo del siglo XX, al sucederse tres repúblicas, en las que estaban organizados de maneras diversas la expresión y el ejercicio de la soberanía popular. Además, entre 1940 y 1945 los franceses sufrieron el trauma de la división territorial entre las regiones septentrionales, incluido París, ocupadas por el ejército alemán, y las regiones meridionales, bajo el régimen autoritario del general Pétain.

Restablecida la democracia después de la guerra con la IV República, Francia está gobernada hoy por una V República instaurada en 1958 por el general Charles de Gaulle con el consentimiento plebiscitario de la mayoría popular. La Constitución de la V República, promulgada el 4 de octubre de 1958, afirma en su artículo 3: «La soberanía nacional pertenece al pueblo, que la ejerce por medio de sus representantes y mediante referéndum. Ninguna fracción del pueblo y ningún individuo pueden atribuirse su ejercicio».

Gran parte de los Estados democráticos europeos existían antes de 1945. ¿Podemos decir que la tradición de unidad estatal ha sido una

condición que ha favorecido la consolidación de la soberanía popular, incluso en países que habían estado dominados por autocracias monárquicas o por regímenes totalitarios?

Has hecho una buena observación. Una unidad estatal consolidada, con una larga tradición, cuando ha hecho suya la idea de nación como fundamento de su propia independencia, aun realizada por la monarquía, como en la mayor parte de los Estados europeos a lo largo del siglo XIX y del XX, ha contribuido a la consolidación de los movimientos democráticos que reclamaban la igualdad de los ciudadanos y su derecho a la elección de los gobernantes precisamente porque todos pertenecían a la misma nación, eran todos hijos iguales de la misma madre patria.

Hay que precisar, de todos modos, que también en los Estados de más longeva vida unitaria, como Inglaterra, Francia o España, los demócratas, para afirmar la soberanía popular y la conquista del sufragio universal, han tenido que luchar contra las clases dominantes tradicionales, que atribuían el poder y el gobierno de la nación al rey por la gracia de Dios y, posteriormente, a una minoría aristocrática o burguesa, mientras la mayoría de la población, es decir, las mujeres, las clases trabajadoras, los analfabetos, quedaba excluida del pueblo soberano.

Hablando de las Naciones Unidas has dicho que los Estados miembros eran inicialmente 51 y hoy son 193, porque en los últimos setenta años han nacido más de 140 nuevos Estados independientes, en gran medida por el fin de los imperios coloniales y, posteriormente, por la desmembración de la Unión Soviética. ¿También en estos nuevos Estados el pueblo es soberano?

La soberanía popular se reconoce en las constituciones de la mayor parte de los Estados creados en Asia y en África después de la Segunda Guerra Mundial, con la conquista de la independencia por parte de los pueblos sometidos al dominio colonial.

Por ejemplo, entre los nuevos Estados poscoloniales, la República de Indonesia, instituida en 1945, declara en el preámbulo de su Constitución que «la soberanía reside en el pueblo. La República se basa en la fe en Dios Omnipotente, sobre un espíritu de humanidad justo y moral, sobre la unidad de Indonesia y sobre una democracia obtenida por medio de una consulta con los representantes del pueblo sabiamente realizada y garantizando al mismo tiempo la justicia social a todo el pueblo indonesio». También la India, que obtiene la independencia en 1947, adoptó en 1950 una Constitución que comienza con la proclamación de la voluntad popular: «Nosotros, pueblo de la India», y prosigue afirmando todos los principios, los derechos y las instituciones de la democracia representativa, por lo que es hoy el Estado democrático más populoso del mundo.

Indonesia es un país en el que una aplastante mayoría de la población profesa la religión islámica. ¿Es posible conciliar la democracia, que es un sistema de gobierno basado en la libertad del pueblo soberano, con la religión islámica, que proclama que Alá es el único y absoluto soberano en el cielo y en la tierra?

Entre los Estados en los que la población profesa muy mayoritariamente, aunque no en su totalidad, la religión islámica, hay repúblicas con democracia representativa, como Turquía y Túnez, monarquías absolutas, como Arabia Saudí y los sultanatos del golfo Pérsico, y monarquías constitucionales, como Marruecos y Jordania. Por ejemplo, la Constitución aprobada el 30 de julio de 2011 define a Marruecos como «una monarquía constitucional, democrática, parlamentaria y social»: «La soberanía pertenece al pueblo, que la ejerce directamente por medio de referéndums o indirectamente a través de sus representantes. La nación elige a sus representantes en las instituciones a través del voto libre, sincero y regular». En Túnez la nueva Constitución de la república aprobada por el pueblo el 26 de enero de 2014, tras haber derrocado, con la

revuelta de la «primavera árabe», al régimen autocrático de Zine ElAbidine Ben Ali, declara que el islam es la religión del Estado pero afirma que Túnez es «un Estado civil basado en la ciudadanía, la voluntad popular y el Estado de derecho». Por último menciono a Turquía, que en realidad fue el primer Estado islámico que adoptó, en 1924, tras la fundación de la república por obra de Kemal Atatürk, una Constitución que proclamaba la soberanía de la nación y, aun declarando al islam religión del Estado, afirmaba que todos los ciudadanos se consideraban turcos sin distinción de religión y de raza, mientras el régimen kemalista llevaba a cabo imperiosamente la laicización del Estado, de la sociedad y de las costumbres. La Constitución turca ha sufrido continuas revisiones y modificaciones al sucederse los gobiernos representativos y las dictaduras militares, hasta el reciente experimento de democracia autoritaria del presidente Erdoğan, que ha puesto en entredicho la secularización del Estado, insistiendo en la soberanía de la nación como fundamento.

Los Estados islámicos que han reconocido la soberanía popular y han instituido una democracia representativa demuestran, después de todo, que es posible conciliar el islam y la democracia, mientras que muchos occidentales sostienen que esta conciliación no es posible. ¿Tú qué piensas?

Más que formular teorías sobre las relaciones entre el islam y la democracia, prefiero observar la realidad. Y los ejemplos que he citado demuestran que su conciliación se ha intentado, al menos desde el punto de vista constitucional; lo que, de todos modos, es significativo. Pero habría que mencionar al menos otro ejemplo de Estado islámico, la República Islámica de Irán, establecida en 1979 tras la revolución guiada por el ayatolá Jomeini, porque representa una forma peculiar de república teocrática de base popular.

La Constitución iraní proclama en el preámbulo que la República Islámica, «expresión de los fundamentos culturales, sociales,

políticos y económicos de la sociedad iraní, se basa en los principios y en las normas del islam, conforme a las auténticas aspiraciones de la comunidad musulmana», y concibe al Estado como «expresión de los ideales políticos de un pueblo, unificado por la propia religión y por el mismo modo de pensar, que se da a sí mismo una organización, gracias a la cual, en el curso de la propia evolución espiritual, pueda abrir un camino hacia la meta final, es decir, yendo hacia Dios». Por consiguiente, sigue diciendo el preámbulo, en «su proceso de evolución revolucionaria nuestro pueblo se ha liberado del polvo y de la suciedad de la tiranía y de las influencias culturales extranjeras, para volver a la ideología y a la visión del mundo islámicas. Ahora, el pueblo está a punto de edificar una sociedad ejemplar sobre la base de las normas islámicas». Por lo tanto, la tarea de la Constitución de la República iraní «es crear las condiciones para el arraigo de las convicciones del movimiento y el terreno favorable para que el ser humano pueda nutrirse de los supremos valores de la doctrina universal del islam».

Hasta ahora has puesto ejemplos tomados de las constituciones. Si permanecemos en el ámbito de los ejemplos emblemáticos, estos contienen, sin duda, un reconocimiento importante hacia el pueblo soberano. Pero son reconocimientos verbales. Me gustaría tener ejemplos concretos del éxito de la democracia, especialmente a finales del siglo xx, como tú has mencionado varias veces.

Como ejemplo concreto del éxito de la democracia puedo citar el hecho de que, en el mundo actual, no hay movimiento, partido o régimen político que se profese abiertamente antidemocrático y que niegue públicamente la soberanía popular, como, en cambio, ocurrió frecuentemente en el siglo XIX y durante la primera mitad del XX. Otro ejemplo concreto es la proliferación de los movimientos definidos como populistas: más allá del significado atribuido a esta expresión, la difusión del populismo es, después de todo, la confirmación de que hoy todos los nuevos movimientos se

proclaman representantes del pueblo soberano, como única fuente del poder de los Estados existentes.

Pero hay otro hecho, aún más concreto e importante, que demuestra el éxito conseguido por el pueblo soberano, sobre todo en el período entre 1974 y 1990, cuando –como escribió en 1991 el politólogo estadounidense Samuel P. Huntington– se dio la «tercera oleada de democratización», con la transición de casi treinta países de un sistema antidemocrático a un sistema democrático, después de que en los dos decenios anteriores se hubiese dado una «oleada antidemocrática de reflujo». Se trataba de un fenómeno de dimensiones globales, que desde el sur de Europa se había extendido a América Latina y a Asia y «había diezmado al bloque soviético».

Es curioso que este mismo estudioso estadounidense, en 1975, había colaborado en la publicación de un volumen titulado *La crisis de la democracia*, promocionado por la Comisión Trilateral, una organización independiente de estudios con sede en Nueva York fundada dos años antes por el potentado estadounidense David Rockefeller. A la Trilateral se han adherido estudiosos, hombres de negocios y políticos de los Estados Unidos, de Europa y de Japón que propugnan el mercado libre y la adaptación de las democracias por medio de reformas constitucionales para reforzar el poder ejecutivo, a fin de garantizar la estabilidad gubernativa y el desarrollo económico, reduciendo la intervención estatal en la economía y los «excesos democráticos». En 1975 sus previsiones sobre el futuro de la democracia eran bastante pesimistas. Según los autores del libro, las democracias estaban sufriendo el asalto concéntrico de la recesión económica, la inflación galopante, el aumento de la deuda pública, la inestabilidad política, las excesivas reivindicaciones sindicales y juveniles, el terrorismo político: todos ellos fenómenos que habrían convertido en ingobernables los sistemas democráticos y habrían favorecido el desafío del totalitarismo soviético y del autoritarismo militar. El entonces canciller alemán Willy Brandt dijo que «a la Europa occidental le

quedan como mucho veinte o treinta años de democracia; luego irá resbalando, sin motor ni timón, hacia el mar de las dictaduras que la rodean, y no supondrá una gran diferencia si la dictadura viene del politburó o de una junta militar».

Me parece que, en lo que respecta al pesimismo, hace cuarenta años estaban peor que ahora, cuando ya no hay politburó ni dictaduras militares en Europa. En aquellos años tú ya eras historiador en activo desde hacía unos años, y supongo que has compartido tales previsiones. Pero considerando lo que ha ocurrido después de 1975, deberías haber aprendido a no hacer previsiones catastróficas respecto a la democracia.

Esas previsiones, sin duda, me turbaron, sobre todo porque entonces Italia era el país en el que la crisis de la democracia parecía más grave, debido al recrudecimiento del terrorismo negro y rojo, que desembocó en 1978 en el secuestro y asesinato de Aldo Moro, uno de los más autorizados exponentes del Partido Democristiano que desde hacía tres decenios gobernaba sin interrupción, al ser el partido más votado. Pero, como tú observas maliciosamente, es verdad que lo que acaeció en los treinta años siguientes, con la «tercera oleada democrática», hizo que las previsiones de la Trilateral pareciesen una alarma sin fundamento.

Somos deudores de otra fundación independiente internacional, con sede en Washington, la Freedom House, por una sintética panorámica del progreso de la democracia a lo largo del siglo XX, con datos que confirman el éxito del pueblo soberano a costa de sus peores enemigos. Fundada en 1941 por demócratas estadounidenses, entre otros Eleanor Roosevelt, Freedom House realiza investigaciones sobre la democracia y los derechos civiles y políticos en todos los Estados del mundo con el fin de promover su desarrollo. Cada año publica el informe *Freedom in the World*, donde analiza la condición de la democracia en el mundo, tomando como criterio para definir a un Estado como democrático la existencia de

las siguientes condiciones: elecciones libres y periódicas con sufragio universal adulto, pluralismo y participación política, libertad de expresión y de fe, derechos de asociación y de organización, autoridad de la ley, autonomía personal y derechos individuales. Según este «democratómetro», como podríamos llamarlo, la Freedom House define un Estado como libre, parcialmente libre o no libre.

En el informe de 1999, Freedom House hacía una comparación con la situación de la democracia cien años atrás.

En 1900 había 55 Estados independientes, y ninguno de ellos tenía un gobierno elegido por sufragio universal en libre competición entre partidos, característica fundamental de una «democracia electoral». Solo el 12,4 por ciento de la humanidad se gobernaba de manera democrática con sufragio universal masculino, mientras que el 36,6 por ciento estaba dominado por monarquías absolutas; el 19,2 por ciento, por monarquías constitucionales con sufragio limitado, y el 30,2 por ciento de la población mundial seguía sometido al dominio colonial e imperial. En 1950 los Estados independientes eran 80, y en 22 Estados el 31 por ciento de la población mundial estaba gobernado por regímenes democráticos.

Cincuenta años más tarde, los Estados independientes se habían convertido en 192: 120 tenían sufragio universal, 85 eran países clasificados como «libres», porque la población gozaba de una amplia variedad de derechos políticos y libertades civiles; 59 eran definidos «parcialmente libres», porque había obstáculos a los derechos humanos, restricciones de la libertad, corrupción, autoridad de la ley débil, conflictos étnicos o guerra civil; y a 48 países, finalmente, se los definía «no libres» por la falta de instituciones democráticas y la persistente violación de los derechos humanos. Solo en el decenio 1990-2000 surgieron 27 nuevos Estados soberanos, tras la desintegración de Estados multinacionales, como la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y Yugoslavia. En el curso de este mismo decenio, según el «democratómetro» de la

Freedom House, 21 Estados se añadieron a la lista de los clasificados como «libres» y ocho a la lista de los «parcialmente libres».

A fines del siglo XX el 39 por ciento de la población mundial vivía en sociedades libres, el 25 por ciento, en sociedades parcialmente libres, y el 36 por ciento, en sociedades sin libertad.

En diciembre de 1999 el presidente de la Freedom House declaró: «Pese al horror de las guerras globales y del genocidio, al final este ha sido el siglo de la democracia. Si la comunidad mundial de las democracias consolidadas sitúa a la democracia como su mayor objetivo, también el siglo próximo será el siglo de la libertad».

Y todos estos nuevos Estados forman parte de las Naciones Unidas. Por lo que has dicho hasta ahora, podemos llegar, quizá, a la conclusión de que estas han mantenido la fe, a lo largo de setenta años, en los principios, los valores y los fines asumidos en su comienzo. Pero si estás de acuerdo con esta conclusión, como deberías hacer por los argumentos que tú mismo has expuesto al comparar el mundo de la Santa Alianza con el mundo de las Naciones Unidas, entonces no entiendo por qué has empezado nuestra conversación lanzando o haciéndote eco de la alarma sobre la crisis de la democracia. Puede que yo sea ingenuo, pero el hecho de que los Estados democráticos hayan aumentado y de que casi todas las naciones del mundo se sientan obligadas a respetar, al menos en sus proclamaciones, la Carta de la ONU y la Declaración Universal me parece un estímulo al optimismo.

Sí, he definido como un éxito emblemático del pueblo soberano la existencia de las Naciones Unidas, confirmado por el hecho concreto de la multiplicación de los Estados considerados democráticos según el «democratómetro» de la Freedom House. Pero tu sugerencia de considerarlo un ejemplo estimulante te parecerá vagamente ingenua si miramos las condiciones reales de los pueblos soberanos en los Estados pertenecientes a las Naciones Unidas.

Consideremos los cinco Estados –Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Federación Rusa y República Popular China– que pertenecen de derecho y por siempre al Consejo de Seguridad de la ONU, con la prerrogativa reconocida a cada uno de ellos de poder oponer su veto a cualquier resolución tomada por mayoría en el propio Consejo o en la Asamblea General. La China comunista está dominada todavía por un régimen totalitario, con el Partido Comunista detentando el monopolio absoluto del poder y negando a sus ciudadanos los derechos civiles y las libertades políticas. En la Federación Rusa, la recién nacida democracia representativa ha sido transformada en democracia autoritaria por Putin, con importantes restricciones de la libertad de los opositores, que a veces son perseguidos brutalmente.

En cuanto a los otros tres miembros del Consejo de Seguridad, son sin duda democracias representativas, pero, como veremos luego, midiéndolas con el «democratómetro», es decir, ateniéndonos a la verificación de la presencia en Estados Unidos, en el Reino Unido y en Francia de todas las condiciones que garantizan efectivamente la soberanía popular, también estas resultan, en muchos aspectos, «democracias defectuosas». Y pueden ser defectuosas no solo por sus carencias internas, sino sobre todo por su política internacional, que no siempre ha perseguido la promoción de la libertad y de la soberanía de los pueblos. En los años de la Guerra Fría, Estados Unidos y las democracias aliadas han apoyado dictaduras militares porque eran anticomunistas y han fomentado golpes de Estado contra gobernantes considerados comunistas o alineados a favor de la Unión Soviética.

Si echamos un vistazo también a los demás Estados que componen la Asamblea General y que aprueban mayoritariamente sus resoluciones, muchos de ellos están gobernados por autócratas, que legitiman con elecciones plebiscitarias su permanencia en el poder por un tiempo indeterminado, hasta que la muerte o un golpe de Estado los destrona. Pero también en este caso vale la pena citar un ejemplo emblemático del funcionamiento real de la ONU: en septiembre de 2015 fue nombrado presidente del Grupo Consultivo

del Consejo para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas el embajador de Arabia Saudí, una monarquía absoluta que ostenta la primacía en la violación de los derechos humanos, ignorando totalmente los derechos civiles y las libertades políticas.

Pero entonces no tiene sentido hablar de las Naciones Unidas como ejemplo emblemático del éxito del pueblo soberano. De los ejemplos que has puesto resulta que el éxito es simplemente ficticio, o bien hay que considerarlo un gigantesco ejemplo de falsedad e hipocresía por parte de la ONU y de los gobernantes de los Estados que la componen, incluidos aquellos que presumen de ser democracias auténticas.

Veo que tú también te estás convirtiendo en un realista; mejor dicho, eres más realista que yo, al negar incluso un valor emblemático a las Naciones Unidas como un éxito del pueblo soberano. En cuanto a la falsedad y la hipocresía, tendremos, por desgracia, más ocasiones de constatar que, en la realidad, los gobernantes de las democracias, cuando proclaman trabajar para hacer efectiva la voluntad del pueblo soberano, se ven acompañados, con frecuencia, por la sombra de la hipocresía.

3. Democracias enfermas

Hacia finales del siglo XX ¿se compartía la previsión del presidente de la Freedom House según la cual el siglo XXI habría sido un segundo siglo de la democracia? ¿O era solo la esperanza optimista del líder de una fundación que promueve la difusión de la democracia en el mundo?

Yo diría que la compartían muchos demócratas, la ostentaban los gobernantes de las democracias representativas y la sostenían con autoridad estudiosos occidentales, los cuales consideraban la derrota del imperio soviético y la desaparición de los regímenes comunistas en Europa la victoria definitiva de la democracia liberal contra el último y más formidable de sus enemigos. Uno de estos, el estadounidense Francis Fukuyama, vio en el final del comunismo soviético «el final de la historia», queriendo decir con ello que ya el futuro curso de la historia habría visto cómo la democracia occidental estaba destinada a difundirse por el mundo porque ya no había antagonistas capaces de oponerse a ella, conquistando el consenso de las masas con la promesa de un régimen más justo porque era la expresión auténtica de la soberanía popular.

Pero a finales del siglo XX el comunismo era todavía el régimen político del Estado más poblado del mundo e imperaba todavía, con el régimen totalitario, en Corea del Norte, en Vietnam, en Cuba.

Sin duda, el comunismo todavía era fuerte en China y en los demás países que has citado, pero ninguno de estos Estados comunistas representaba ya un modelo en el que pudiesen inspirarse los movimientos y partidos y regímenes de otros países, en otros continentes. Por otro lado, China había conservado el régimen

totalitario pero había puesto en marcha, asimismo, un extraordinario experimento de capitalismo comunista, favoreciendo la iniciativa privada y la economía de mercado abierta al capitalismo occidental. El partido único, sin embargo, mantuvo el control sobre la sociedad, abortando con violencia cualquier aspiración a reformar el sistema totalitario y al reconocimiento de los derechos civiles y de las libertades políticas. Así sucedió en 1989, cuando miles de jóvenes chinos organizaron una extraordinaria manifestación de protesta en Pekín, brutalmente reprimida por el gobierno, precisamente en el período en que comenzaban a desmoronarse los regímenes comunistas en Europa.

Ya he dicho que, para la democracia representativa, el fin del comunismo en Rusia fue una victoria tan extraordinaria como imprevista. Durante setenta años la Unión Soviética había combatido a la democracia capitalista, presentándose ante las masas proletarias de todo el mundo como la artífice de la primera democracia socialista de la historia humana. Y millones y millones de trabajadores de todos los países, en todos los continentes, sin distinción de etnia, raza o cultura, habían creído en el mito soviético y habían militado con dedicación y convicción en los partidos comunistas surgidos a lo largo del mundo después de 1917 por el ejemplo y el impulso de la revolución bolchevique. Todos los partidos comunistas lucharon para reafirmar la soberanía mundial del proletariado como el verdadero pueblo, el pueblo de la humanidad entera, liberado de la servidumbre del capitalismo y de la ficción de la democracia burguesa.

Deshecho el imperio soviético, también los partidos comunistas ligados a aquel en el resto del mundo se debilitaron y disolvieron rápidamente, o se redujeron a pequeños grupitos sectarios, o bien se transformaron adaptándose a las nuevas condiciones de los partidos democráticos que aceptaban como definitivos e irreversibles la democracia liberal y el capitalismo. El más formidable enemigo de la democracia representativa, pues era el más universal, había pasado para siempre a ser historia. Y los Estados comunistas que

todavía existen en Asia, incluidas la poderosísima China y la amenazadora Corea del Norte, no han generado partidos hermanos que apoyen su causa en el mundo.

Así, pues, tenía razón el estudioso que has mencionado al proclamar el fin de la historia con la victoria de la democracia liberal. Me parece que su opinión estaba basada sobre el realismo, que tú te complaces en profesar.

En asuntos de realismo nunca somos lo suficientemente realistas. A veces la realidad se divierte sorprendiéndonos con sus imprevistos desmentidos de nuestras previsiones más realistas. Así sucedió hace cien años, al final de la Gran Guerra, una vez abatidos los imperios autocráticos de Alemania, Austria-Hungría, Rusia y Turquía, cuando sobre sus ruinas surgieron nuevas repúblicas democráticas, cuando el presidente estadounidense Wilson proclamó que el mundo se había hecho seguro para la democracia. Y así pareció que era realmente, aun cuando alguna democracia novata cedió ante la seducción de un hombre fuerte de puño de hierro. Luego estalló la gran crisis económica de 1929 y se desencadenaron en Europa los totalitarismos fascista y nazi, mientras que el totalitarismo soviético bajo Stalin se dedicaba a construir el socialismo en un solo país, con trabajos forzados, exterminios en masa y purgas políticas terroristas.

Ni siquiera la victoria de las democracias en la Segunda Guerra Mundial y la fundación de las Naciones Unidas hicieron seguro al mundo para la democracia. Antes bien, el mayor poder internacional conquistado por la Rusia estalinista, con la extensión de las fronteras de su imperio hasta el corazón de Europa, la movilización de enormes masas bajo las banderas del comunismo en todo el mundo y la victoria de los comunistas en China, en Corea del Norte, en Cuba, en Vietnam y en Camboya, no garantizó precisamente un futuro más seguro para la democracia. Y para defenderse del comunismo en el mundo, las democracias no dudaron, como ya he dicho, en aliarse con terribles dictaduras militaristas y nacionalistas,

e incluso en fomentar golpes de Estado militares contra gobiernos democráticos electos, en evidente e incluso descarada contradicción con los principios proclamados en sus propias constituciones y en la *Declaración Universal* de las Naciones Unidas.

En los años de la Guerra Fría, la ONU, cada vez más numerosa por el nacimiento de nuevos Estados, fue teatro de continuos recitales de hipocresía planetaria en los que, en nombre de «Nosotros, los pueblos», se permitió llevar a cabo crueles violaciones de los derechos civiles y de las libertades políticas en perjuicio de individuos, de minorías y de poblaciones enteras, hasta llegar al genocidio.

Finalmente, terminada la Guerra Fría con el hundimiento del imperio soviético, los demócratas de todo el mundo aclamaron unidos el nacimiento de un mundo seguro para la democracia, que no iba a tardar en contagiar con su encanto benéfico también a los últimos Estados en los que el pueblo era soberano solamente en la Constitución.

Pero no pasó mucho tiempo, desde el comienzo del «fin de la historia», hasta que en esos mismos países de democracia consolidada se empezó a hablar de crisis de la democracia, sobre todo señalando el creciente desapego del pueblo soberano respecto a sus gobernantes. O, para ser más precisos, un creciente desapego de los gobernantes respecto al pueblo soberano.

Tu última afirmación me parece un juego de palabras con la inversión de los responsables del desapego. Pero no entiendo lo que quieres decir. Tú mismo has dicho, en la conversación anterior, que hoy casi todos los pueblos, gobernantes y Estados se proclaman democráticos. Puede que sean solo proclamas retóricas, y sin duda lo son para los regímenes totalitarios comunistas que todavía existen. ¿Pero las cifras de la Freedom House no certifican acaso un aumento real de los Estados «libres», e incluso de los Estados «parcialmente libres», a finales del siglo xx?

Así es. Pero en el decenio siguiente, es decir, en el primer decenio del siglo XXI, Freedom House tuvo que registrar un progresivo reflujo de la democracia en muchos de los países del eximperio soviético, en los que las democracias recién nacidas, empezando por la Federación Rusa, asumieron aspectos autoritarios, con la concentración del poder en nuevos hombres fuertes, confirmados repetidamente en el gobierno por elecciones aparentemente plebiscitarias.

En el mismo período, los observatorios de la democracia en el mundo han tenido que constatar la difusión de una oleada de malestar en las democracias occidentales, en especial después de que estas se viesen embestidas por la crisis económica de 2008, la más grave del mundo capitalista tras la gran crisis de 1929.

Siguiendo el ejemplo de Freedom House, desde 2007 el semanario inglés *The Economist* comenzó la publicación de una investigación propia anual sobre el estado de salud de las democracias en el mundo, titulada *Democracy Index*. La revista se sirve de un «democratómetro» considerado más exacto que el utilizado por la fundación estadounidense. A las elecciones libres y correctas se han añadido otras condiciones: una acción de gobierno transparente y eficaz, una participación política suficiente y una cultura política democrática generalizada.

Sobre la base de estos criterios, en el *Democracy Index* de 2010 el semanario registraba una «recesión de la democracia», según la definición dada dos años antes por Larry Diamond, politólogo de la Stanford University. Es más, *The Economist* titulaba su informe de 2010 *Democracia en retirada*, para insistir luego en la «democracia en declive».

Al año siguiente, en el informe titulado *Democracia bajo estrés*, el semanario recalcó la crisis de la democracia tras su evidente triunfo a finales del siglo XX, distinguiendo una fase de «estancamiento» entre 2006 y 2008, una fase de «regresión» en todo el mundo, y una fase de «declive» entre 2008 y 2011, concentrada sobre todo en Europa, mientras rápidamente se

desvanecía el entusiasmo de los demócratas por la «primavera árabe» –cuando durante 2011 amplias masas de población se habían rebelado y habían derrocado a las dictaduras militares de Túnez, Libia y Egipto– porque solo en Túnez el régimen militar había sido sustituido por una democracia representativa. En 2012 el semanario inglés describía una *Democracia en estado de inercia*, que al año siguiente se convirtió en *Democracia en el limbo*, una *Democracia de descontentos*. En 2014, la revista dedicó un número especial a la crisis de la democracia, titulado: *Qué le ha ido mal a la democracia*. Finalmente, en 2015 el informe *La democracia en la era de la ansiedad* registraba un declive de la democracia incluso en las más antiguas democracias occidentales, tanto en Estados Unidos como en Europa:

El título del informe refleja la amenaza contra la democracia que proviene del sentimiento de temor que inspiran las reacciones de la gente corriente y de las élites políticas. Un creciente sentimiento de ansiedad y de inseguridad personal y social –ante los distintos riesgos y amenazas de tipo económico, político, social– está minando la democracia, que depende de un constante compromiso para preservar los valores de la Ilustración (libertad, igualdad, fraternidad, racionalidad, tolerancia y libre expresión) y para reforzar las instituciones democráticas y una cultura política democrática.

En muchas democracias, las élites políticas están preocupadas por su incapacidad para mantener el contacto con el electorado y temen el desafío de los partidos populistas. En algunos casos, los partidos tradicionales se han coaligado para excluir o marginar a los populistas.

Ante la amenaza terrorista, los gobiernos democráticos han reaccionado recurriendo a medidas antidemocráticas, poniendo en tela de juicio la libertad de expresión y adoptando leyes draconianas.

Las previsiones del semanario inglés respecto al futuro de la democracia no eran ni mucho menos tranquilizadoras.

Resumiendo, tras haber reconocido en la existencia de la ONU un éxito emblemático del pueblo soberano, debemos constatar que la salud de la democracia en un gran número de estos mismos Estados democráticos que la integran no es nada buena.

Como ha sucedido y sucede con frecuencia en los Estados en los que se glorifica la soberanía popular, la realidad es muy diferente de los principios, de los valores y de los ideales profesados. Las Naciones Unidas manifiestan buenas intenciones con palabras bonitas, luminosas como la fachada del Palacio de Cristal en Nueva York, como las constituciones de los Estados que forman parte de ellas: pero la soberanía de sus pueblos tiene, en muchos casos, la misma consistencia que las brillantes coronas de los reyes en el Teatro dei Pupi².

². Representación teatral de marionetas tradicional de Sicilia. (*N. del T.*)

4. El pueblo dessoberanizado en la democracia recitativa

No tengo ningún motivo para dudar de que las valoraciones del semanario inglés sobre el estado de salud de la democracia no sean cuidadosas. Pero no entiendo cómo ha sido posible un empeoramiento tan rápido de la salud de la democracia, después de un período de tan fecundo desarrollo. ¿Es posible que la enfermedad haya sobrevenido de forma imprevista y repentina?

Hay estanterías enteras llenas de libros que indagan los motivos y las causas, próximas y remotas, del brusco paso de la democracia del triunfo a la retirada. Incluso resumirlos todos requeriría un libro más amplio que el que ahora estamos escribiendo. Pero para ceñirnos a nuestro argumento, veamos qué le ocurre al pueblo soberano en el actual período de recesión y de malestar de la democracia, sobre todo en los Estados occidentales que han presumido de ser democracias sanas y sólidas, tanto que han podido resistir al desafío del comunismo hasta lograr derrotarlo.

Entre los muchos autores, dos merecen ser citados, porque denunciaron anticipadamente los síntomas de la enfermedad que iba a acechar a la democracia en el primer decenio del siglo XXI. Y lo hicieron precisamente en un momento en que la democracia parecía triunfante.

El primero es Shmuel Noah Eisenstadt, sociólogo israelí. En 1999, reflexionando sobre el éxito de la oleada democrática en el último cuarto de siglo, habló de las «paradojas de la democracia» refiriéndose a las democracias representativas, que en varias épocas habían demostrado ser a veces muy frágiles y a veces muy resistentes contra el asalto de sus enemigos. Advertía que ni siquiera la presencia de condiciones favorables para el funcionamiento de las

democracias representativas garantiza automáticamente su persistencia, porque la continua transformación de la sociedad y de las situaciones políticas puede crear condiciones que debiliten la legitimación y la eficacia de la democracia representativa.

Eisenstadt temía una «desconsolidación de las democracias en las sociedades contemporáneas» por efecto de procesos internos a las propias democracias, tales como el reforzamiento del poder ejecutivo, la burocratización de todas las áreas de la vida, ya sea social o política, la «sobreconcentración del poder» en la producción, la difusión y el acceso a la información, la creciente profesionalización técnica de los conocimientos relativos al proceso político y la tendencia de los expertos y de los líderes políticos a considerar a los más amplios sectores de la sociedad incapaces de comprender un sistema de informaciones como este. Todo ello, acababa diciendo el sociólogo, podía generar una difusa «apatía política y minar la participación» del pueblo, mientras que el poder creciente de los *mass media* habría acentuado y reforzado esta tendencia.

De estas nuevas condiciones desfavorables, advertía Eisenstadt, puede derivar «la erosión o el derrumbamiento de la confianza», debido, en especial, «a los procesos de selección del liderazgo», porque podrían ser seleccionados incluso jefes que «no puedan contar con la confianza y el respeto de grandes franjas de la población» y que «podrían, luego, abusar de los privilegios garantizados por sus oficinas o desanimar a otros actores para que accediesen a la palestra política». A la «desconsolidación de la democracia», añadía, contribuirían factores internacionales, como la globalización económica y cultural, acompañada por nuevos antagonismos culturales, étnicos, nacionalistas y religiosos, que habría llevado a la crisis del Estado nacional y secular, a su vez fraccionado por viejas y nuevas rivalidades y exigencias reivindicativas sectoriales con una creciente fuerza centrífuga.

La suma de tales procesos, concluía Eisenstadt, que genera desconfianza y apatía, acentúa la desconsolidación de las

democracias: «Al mismo tiempo, en muchos países se ha producido una tendencia general hacia una forma democrática en la que, aunque haya elecciones, no se respetan las garantías de libertad y legalidad de las instituciones de la sociedad», provocando, así, «una reducción de la participación democrática» con la proliferación de nuevas «democracias no liberales», lo que ya se ha producido en países de América Latina y en muchos otros de Europa oriental, de Asia y de África.

Si he entendido bien, este estudioso considera que el éxito de la democracia en el mundo implica la formación de una especie de amenaza interna de la misma democracia, la tendencia a la transformación en una democracia en la que el pueblo seguiría siendo soberano pero sin las garantías de los derechos civiles y políticos derivados del liberalismo incorporado al Estado democrático. Pienso que es esto lo que significa «democracia no liberal». Pero ¿cuáles serían los Estados que pueden definirse de esta manera?

Por ejemplo, los Estados en los que la participación del pueblo soberano en las elecciones de los gobernantes entrega el poder a líderes políticos o religiosos que niegan la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley sin discriminación por sexo, religión, raza o condición social, o bien que imponen como fuente del derecho y de la política sus propios textos sagrados. Un ejemplo de «democracia no liberal» es la República Islámica de Irán, y aquello en lo que tiende a convertirse la República de Turquía. Otros ejemplos de democracias no liberales pueden ser considerados los Estados en los que los gobernantes, aprovechando la mayoría obtenida en las elecciones, asumen comportamientos autoritarios, modificando la Constitución para consolidar su poder y para impedir a las minorías que se conviertan a su vez en mayorías de gobierno, y persiguen a los opositores impidiéndoles la libertad de expresión, de asociación y de manifestación. Entre estos últimos, por ejemplo, podemos incluir

a la Federación Rusa y otros Estados asiáticos que se independizaron tras la desmembración de la Unión Soviética.

Así, pues, una democracia no liberal es fácilmente reconocible por el modo de legislar y de actuar de los gobernantes; pero por los ejemplos que has citado deduzco que aquella es característica de los Estados surgidos de los anteriores regímenes autoritarios o totalitarios, que han dejado una gran huella sobre los gobernantes y también sobre los gobernados.

Una tradición previa de régimen autoritario y totalitario puede ser una condición que favorezca la instauración de una democracia no liberal por parte de gobernantes nacionalistas y con frecuencia también excomunistas, que explotan la desilusión popular con las promesas fallidas de la democracia representativa anunciando nuevos beneficios otorgados por el «buen presidente». Así, pues, podemos definir como no liberal una democracia en la que el pueblo soberano prefiere la seguridad a la libertad, reclamando la vuelta al poder de los gobernantes autoritarios que no perdieron nunca los resortes del poder, monopolizados durante años, y de los que se sirven ahora, en las repúblicas presidenciales, para concentrar de nuevo el poder en sus manos con el consenso, genuino o aparente, del noventa por ciento de los electores.

Pero, para nuestro tema específico, es más importante lo que le sucede al pueblo soberano en las democracias representativas de tradición liberal consolidada. Es precisamente en estas democracias donde se denuncian síntomas de una grave enfermedad que está privando de hecho, si bien no en las formas de la competición electoral, al pueblo soberano de su soberanía. Uno de los primeros estudiosos que ha constatado los síntomas de este fenómeno ha sido el politólogo inglés Colin Crouch.

En 2000, cuando estaba todavía vivo el entusiasmo por la democracia triunfante, este hablaba ya de «posdemocracia», expresando una opinión casi brutal por su franqueza sobre la

consistencia real de la democracia en el momento de su máxima expansión en el mundo, cuando el número de los Estados nacionales que habían optado por sistemas democráticos con el desarrollo de «elecciones razonablemente libres» había subido de 147 en 1988 a 164 en 1995 y 191 en 1999.

Pese a este éxito, Crouch constataba que la democracia liberal que prevalecía en Occidente insistía sobre todo en la participación electoral «como actividad política predominante para la masa», mientras dejaba un amplio espacio a la acción de los potentados económicos para influir decisivamente en la agenda política de los gobernantes: esto producía un cambio sustancial en la democracia como gobierno del pueblo soberano, que se realiza a través de la más amplia y consciente participación de los ciudadanos en la política, y no solo en el momento y en el ámbito de las elecciones. Pero también en este aspecto la democracia liberal se estaba convirtiendo en algo muy defectuoso: «Aunque las elecciones continúen desarrollándose y condicionando a los gobiernos –observaba Crouch–, el debate electoral es un espectáculo sólidamente controlado, dirigido por grupos rivales de profesionales expertos en las técnicas de la persuasión, y se ejerce sobre un número restringido de cuestiones seleccionadas por estos grupos», mientras que la masa de los ciudadanos «desempeña un papel pasivo, aquiescente, incluso apático, limitándose a reaccionar ante las señales que recibe. La política se decide en privado por la interacción entre los gobiernos elegidos y las élites que representan casi exclusivamente a los intereses económicos».

Y siguiendo por este camino, «mientras las formas de la democracia permanecen plenamente vigentes –y hoy, en alguna medida, incluso se han reforzado–, la política y los gobiernos van cediendo terreno progresivamente, cayendo en las manos de las élites privilegiadas, como sucedía típicamente antes del advenimiento de la fase democrática».

Lo que empuja hacia la «posdemocracia» a muchos países democráticos, sostenía el politólogo inglés, es la expansión de la

corrupción como «aspecto muy difundido de la vida política»:

En efecto, la corrupción es un indicador evidente de la escasa salud de la democracia, ya que señala a una clase política cínica, amoral y separada del control y de la relación con el público. Una triste lección, impartida en un primer momento por los países de la Europa meridional e inmediatamente replicada en Bélgica, Francia y a veces en Alemania y Reino Unido, ha sido que los partidos de izquierda no eran del todo inmunes al fenómeno que sus movimientos estigmatizaban o que deberían haber estigmatizado.

Pero la corrupción no es un mal exclusivo de la democracia. Lo es mucho más en los regímenes autoritarios o totalitarios en los que no hay oposición o una prensa libre que pueda indagar sobre la corrupción de los políticos y denunciarla. ¿Se puede atribuir solo a la corrupción de los políticos la transición de la democracia liberal a la «posdemocracia» prevista por el politólogo inglés?

En efecto, la corrupción no es el único factor de la transformación; antes bien, diría que es el factor que acelera y agrava la acción de otros factores, como el propio Crouch constataba en 2000. Uno de los factores constatados por el politólogo inglés es «la degradación de la comunicación política de masas» a causa de la «creciente personalización de la política electoral», con campañas electorales totalmente basadas en la persona de los candidatos y en la «promoción de las presuntas cualidades carismáticas del líder del partido», de manera que «las fotos y los *spots* de su persona en poses adecuadas y convincentes van ocupando cada vez más el lugar del debate sobre las cuestiones y los intereses en conflicto».

Relacionados con la personalización de la política hay otros aspectos de la «posdemocracia»: la «decadencia de la discusión política seria», «el recurso a la industria del espectáculo como fuente de ideas sobre cómo catalizar el interés en política, la progresiva incapacidad de los ciudadanos de hoy para dar forma a sus intereses, la creciente complejidad técnica de las cuestiones y el fenómeno de la personalidad».

Para concluir, el politólogo inglés no negaba que, en el momento de su análisis sobre la génesis de la «posdemocracia», la democracia estaba viviendo «una de sus fases más espléndidas», e incluso afirmaba que «hoy vivimos en una época *más* democrática respecto a cualquier otra fase de la democracia en el tercer cuarto del siglo XX».

Pese a ello, Crouch hablaba ya de «entropía de la democracia», causada por fenómenos que cada vez concentran más el poder político en manos de una minoría de gobernantes, ligados a potentados económicos y financieros; eso cuando no son estos mismos potentados los que se convierten en gobernantes gracias a un electorado sobre el que ha surtido efecto la insistente campaña publicitaria tendente a la personalización de la política y a la exaltación carismática del líder. «Estos cambios –concluía– son tan poderosos y difusos que es imposible prever su vuelco.»

En los últimos quince años desde el análisis del politólogo inglés, estos cambios han acelerado la transformación de la democracia en posdemocracia o, como yo prefiero llamarla, en democracia recitativa, en la que el pueblo sigue siendo soberano en la retórica constitucional pero en la realidad ha sido dessoberanizado.

Has citado a dos autores con una visión casi unánime respecto a la decadencia de la democracia, aunque podría objetarse que los suyos eran análisis subjetivos condicionados por situaciones contingentes, pero que, con todo, no consiguen desmentir el hecho de que el progreso de la democracia en el último cuarto de siglo ha existido realmente.

Los diagnósticos de Eisenstadt y de Crouch han hallado confirmación en los resultados de las investigaciones desarrolladas en el mismo período por un grupo de estudiosos del fenómeno de las «democracias descontentas» llevadas a cabo siguiendo el camino trazado por el libro de la Trilateral sobre la crisis de la democracia de 1975. En aquel momento, los autores de la Trilateral habían descrito

un futuro deprimente para la democracia, con la «disgregación del orden civil, el derrumbamiento de la disciplina social, la debilidad del líder y la alienación de los ciudadanos. Ahora bien, después de la «tercera oleada de democratización», que había desmentido las previsiones mencionadas, la situación de las democracias occidentales era de nuevo crítica, sobre todo por la creciente desconfianza de los ciudadanos hacia las clases dirigentes, los partidos y las instituciones democráticas. Por ejemplo, en 1998 solo el 39 por ciento de los estadounidenses tenía confianza en el gobierno, y la que tenían en el Congreso había bajado del 42 por ciento en 1964 al 12 por ciento en 1997. Asimismo, la confianza de los británicos en los Comunes había disminuido del 48 por ciento en 1985 al 24 por ciento en 1995. En Suecia, el consenso hacia el Parlamento había caído del 51 por ciento de 1968 al 28 por ciento de 1994. En Alemania, el porcentaje de población convencida de que a los gobernantes no les interesaba nada el pueblo había aumentado del 68 por ciento en 1968 al 84 por ciento de 1997.

Podría continuar citando datos extraídos de ensayos sobre las «democracias descontentas», referidos a otros países europeos y a Japón, que confirmaban la tendencia cada vez más acentuada del pueblo soberano a no fiarse ya de sus gobernantes, de los políticos o del Parlamento. Por todas partes, los motivos de la desconfianza eran la corrupción de los políticos, el descrédito de los partidos, la convicción de que los gobernantes pensaban en sus intereses. Son los mismos motivos que se dan hoy en todas las democracias occidentales, donde la cada vez más extendida desconfianza del pueblo soberano se manifiesta, si no con hostilidad hacia la democracia, con indiferencia, con el cada vez menor compromiso y el abandono de la militancia en los partidos, con la abstención en las elecciones y con la denigración «antipolítica» de la política y de las instituciones que la representan, desde el Parlamento hasta los partidos, de los gobernantes a toda la clase política. Estos motivos se han convertido en propulsores de nuevos movimientos populistas,

voces de un pueblo soberano que se considera dessoberanizado por sus gobernantes.

En todas las democracias representativas, a la rápida disminución de las afiliaciones a los partidos se corresponde un continuo incremento de los electores que se abstienen de votar. Parece, como ha observado en 2013 el politólogo irlandés Peter Mair, analizando «el fin de la democracia de los partidos», que «las personas, o, mejor dicho, los ciudadanos ordinarios, se están convirtiendo cada vez más en *nosoberanos*. Lo que está ahora emergiendo es una noción de democracia cada vez más desprovista de su componente popular –cada vez más lejos del *demos*–».

En realidad, ya que en las democracias occidentales las elecciones continúan siendo el instrumento de selección de la clase política y de los gobernantes (aun cuando la mayoría que llega al gobierno se encuentre a menudo en minoría en el conjunto de los electores), y ya que otras condiciones de la democracia representativa parecen preservadas, al menos formalmente –de la libertad de opinión a las libertades de expresión, de asociación y de manifestación–, más que de democracia sin *demos*, pienso que es más exacto hablar de democracia recitativa del pueblo dessoberanizado.

5. Nosotros, los gobernantes

No querría mostrarme demasiado crédulo al considerar que la enfermedad de las democracias representativas es un fenómeno contingente, pero pienso que las propias democracias serán capaces de superar la enfermedad, así como han sabido derrotar al fascismo y al nacionalsocialismo, enemigos de los más peligrosos, porque movilizaron contra las democracias amplias masas de pueblos y numerosos grupos de intelectuales, además de políticos, convencidos de que la era de la democracia había terminado y el futuro pertenecía a los Estados totalitarios. Y, contra esos formidables enemigos, al final las democracias prevalecieron porque sus gobernantes –pienso en Churchill, en Roosevelt– supieron impulsar al pueblo soberano, del que derivaba su autoridad y su poder, para combatir hasta la victoria.

Has citado a gobernantes demócratas que supieron guiar a sus pueblos a la victoria. Un ejemplo sin duda convincente. Pero la situación de las democracias actuales, afligidas por los cambios que tienden a transformarlas en democracias recitativas, es muy diferente a la que has evocado. Y muy diferentes son en la personalidad, en el carácter, en la cultura y en el respeto de la soberanía popular los gobernantes que has citado respecto a los actuales que concentran el poder en sus manos, ostentando su entrega al pueblo soberano en el mismo instante en que reducen su soberanía a un apelativo retórico.

Para el juicio sobre los gobernantes en las democracias actuales me sigo sirviendo de una valoración de *The Economist*, una revista acreditada como expresión de un liberalismo democrático que apoya al capitalismo de libre mercado y no es sospechosa de caer en el pesimismo por una escasa convicción en la bondad intrínseca de la

democracia representativa. Pues bien, en su informe sobre la democracia de 2015, todo un párrafo está dedicado al «*demos* ausente». Es un decidido acto de acusación contra dirigentes políticos y gobernantes, considerados responsables del creciente desapego de los ciudadanos hacia la política y hacia la democracia misma. Es conveniente que cite aquí directamente lo que se escribe en el informe:

Muchos dirigentes políticos reconocen la importancia de la participación pública en la democracia y están de acuerdo en que la legitimidad del gobierno se basa en el consenso del pueblo. Con todo, aquellos consideran, con frecuencia, la participación del público en la democracia como un problema e incluso como una amenaza. Esto ha ocurrido, sobre todo, con el ingreso de las masas en política en los países más avanzados a comienzos del siglo XX. Las élites dirigentes se han manifestado con frecuencia más alarmadas por la amenaza de la extensión del derecho de voto a las clases trabajadoras que empeñadas en desarrollar nuevas ideas, métodos e instituciones democráticos. A los dirigentes políticos les ha faltado con frecuencia la confianza en su capacidad de inspirar a los ciudadanos, lo que los ha inducido a alimentar sentimientos antidemocráticos, como ocurrió en los años entre las dos guerras mundiales, cuando la democracia misma estuvo en grave peligro.

Como respuesta a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, la democracia fue restaurada, pero en el período de posguerra se hizo poco para desarrollar los valores de la democracia y la participación popular. El credo democrático de la soberanía del pueblo como principio universal de legitimidad ha sido maltratado. La actitud de los líderes políticos hacia la gente corriente ha sido con frecuencia condescendiente y ha estado impregnada de sospecha; basta ver la antipatía de las élites políticas de Bruselas por el desarrollo de los referéndums nacionales en años recientes, o el desprecio general manifestado hacia los movimientos populistas. La escasa estima que se tiene por el consenso y la participación populares es, asimismo, evidente en la tendencia a alejarse del papel decisivo del parlamento en favor de la intervención de los tecnócratas.

Sobre la base de este severo juicio sobre los dirigentes políticos de las democracias occidentales se comprende por qué el semanario inglés llega a hablar incluso del «*demos* ausente». Es como decir: democracia sin el pueblo, poder del pueblo que no tiene poder, pueblo soberano sin soberanía. Podríamos llamar al pueblo de las

democracias actuales, tal como es considerado por sus gobernantes, el «oxímoron de la democracia».

En su opinión, que parece ir pareja en aspereza con las acusaciones de los comunistas sobre la falsedad de la democracia liberal, especialmente en lo que respecta al desprecio de los dirigentes políticos hacia el pueblo, The Economist hace remontar su actitud a la entrada de las masas en la política y al sufragio universal. Quizá lo que trata de expresar con esto es que en la época anterior, cuando las masas todavía no habían entrado en política y las clases trabajadoras no tenían todavía derecho al voto, los dirigentes políticos y los gobernantes de los países democráticos eran más respetuosos con la soberanía popular.

En realidad, la actitud sospechosa hacia el pueblo por parte de los políticos y de los gobernantes, aunque aceptasen la soberanía popular, no ha surgido solo con el advenimiento de las masas a la política, ni con la extensión del derecho de voto a las clases trabajadoras. Puede ser útil, aquí, para entender asimismo algunas actitudes y comportamientos de los actuales gobernantes de los Estados democráticos, que hagamos memoria de los primeros artífices del gobierno basado en la soberanía popular.

En los Estados Unidos y en Francia, tras la conquista de la soberanía popular, muchos de los nuevos gobernantes estaban convencidos de que era cosa de sabios evitar dejar el gobierno en manos del pueblo real. Fueron contrarios a reconocer a todos los gobernados el derecho de elegir a sus gobernantes. El sufragio universal, sin límites ni discriminaciones, era considerado una amenaza para la supervivencia de la república porque el gobierno del pueblo por parte del pueblo, sin una selección cuidadosa de los representantes competentes y responsables, habría desembocado inevitablemente en una tiranía, como había sucedido con las democracias antiguas, o en una tiranía de la mayoría, que se habría

impuesto con el monopolio del poder por parte de los diputados elegidos por el pueblo, generalmente denominado plebe o vulgo.

Esto pensaba en los Estados Unidos la mayor parte de los Padres Fundadores. Entre ellos había quien sostenía que «el pueblo siempre había sido y siempre sería inepto para ejercer el poder con sus propias manos», por lo que esperaba que la gente «se ocupase lo menos posible del gobierno». Por esta razón, pese a sentirse orgullosos de ser «el primer pueblo al que el cielo ha concedido la oportunidad de elegir, tras haber discutido, la forma de gobierno bajo la cual vivir», eran contrarios al sufragio universal y la idea misma de democracia.

John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos, opinaba que conceder el sufragio universal era tan peligroso como «abrir una fuente fértil de controversias y altercados» en el inevitable intento de «modificar los requisitos necesarios para ejercer el derecho al voto» para extenderlo cada vez más: «Es una historia que no tendrá nunca fin. Aparecerán nuevas reivindicaciones. Las mujeres querrán votar. Los muchachos de entre 12 y 21 años pensarán que sus derechos no están suficientemente protegidos, y cada hombre sin una perra exigirá tener la misma voz que cualquier otro en los asuntos del Estado».

En cuanto a la democracia, Adams advertía en 1814:

Recordad que la democracia nunca puede durar mucho tiempo. Se corrompe en seguida, se agota y se autodestruye. No ha habido, hasta ahora, ninguna democracia que no se haya suicidado. Si concedéis demasiado poder a los demócratas, es decir, si les dejáis la dirección de las cosas o les dejáis que prevalezcan en la legislatura, estos votarán para arrancaros, a vosotros los aristócratas, todo poder y toda riqueza, y si os conceden que salvéis vuestras vidas, será la mayor demostración de humanidad, de consideración, de generosidad que la democracia haya dado nunca desde su creación. Y ¿qué vendrá luego? Una oligarquía de representantes democráticos os sustituirá, y tratará a sus propios seguidores con la misma severidad y dureza que vosotros habéis usado hacia ellos.

De John Adams se hacía eco James Madison, uno de los autores de la Constitución y cuarto presidente de los Estados Unidos, afirmando que «si las elecciones se abriesen a todas las clases del pueblo, la propiedad de la tierra ya no estaría segura». También Madison era contrario a la democracia, porque «las democracias siempre han ofrecido espectáculos de turbulencias y de querellas, han demostrado estar siempre en contra de toda forma de garantía de las personas y de las cosas, y han vivido una vida que ha sido breve, lo mismo que su muerte, que ha sido violenta». Por lo tanto, elogiaba la república representativa instaurada en los Estados Unidos precisamente porque «excluye completamente al pueblo, en su capacidad colectiva, de una participación directa en la cosa pública».

Confieso que me siento un poco desorientado por estas citas, que parecen contradecir todo lo que has dicho hasta el momento sobre la extraordinaria importancia histórica de la revolución norteamericana como conquista del pueblo soberano, mientras que ahora los propios Padres Fundadores que fueron artífices de esas conquistas dicen que era mejor mantener al pueblo lejos del gobierno e impedirle incluso que participase demasiado activamente en la política.

Siento que estés desorientado, pero ya te avisé de que la historia de la democracia como gobierno del pueblo soberano no solo fue una dura lucha, sino también un camino largo, tortuoso, contradictorio. En el papel de jefes no había dioses, por citar a Rousseau, sino seres humanos que no siempre eran ejemplares por su coherencia ni estaban exentos de una hipocresía a veces llamativa y grave, como cuando proclamaban la igualdad de todos los seres humanos creados por Dios con derechos inalienables mientras continuaban siendo propietarios de esclavos negros.

Una buena dosis de hipocresía se constata también en su actitud hacia el pueblo soberano cuando se trataba de involucrarlo en el ejercicio de su soberanía.

Por ejemplo, la Constitución de los Estados Unidos no prescribía el sufragio universal para la elección de los representantes del Congreso, sino que reconocía como válidos los sistemas de elecciones de los representantes previstos por las constituciones de cada estado, que reservaban el derecho a elegir y a ser elegidos solo a los ciudadanos varones adultos con especiales requisitos de propiedad, excluyendo a las mujeres, a los indios y a los esclavos. Al principio, los electores del presidente de los Estados Unidos fueron seleccionados por los gobiernos de los estados. Aun con el sufragio restringido, la participación de votantes no fue alta en las elecciones para el Congreso ni para la presidencia de la República.

El número de electores con derecho a voto aumentó en los primeros decenios del siglo XIX, tras la progresiva reducción o abolición de los requisitos para el derecho al voto y tras la formación de partidos. Aun quedando excluidas las mujeres y los negros, en los años cuarenta del siglo XIX el sufragio acabó siendo casi universal y pronto empezaron a surgir movimientos femeninos en pro del voto de las mujeres.

Durante su viaje a los Estados Unidos, en 1831-1832, el aristócrata liberal francés Alexis de Tocqueville se sintió fascinado por el experimento democrático que los estadounidenses estaban llevando a cabo:

Hoy el principio de la soberanía popular ha conocido en los Estados Unidos todos los desarrollos prácticos imaginables [...]. Ahora es el pueblo en masa el que hace las leyes como en Atenas; ahora los diputados, elegidos por sufragio universal, lo representan y actúan en su nombre bajo su inmediata vigilancia. [...] El pueblo participa en la formación de las leyes, porque elige a legisladores, en la aplicación de aquellas, porque nombra a los agentes del poder ejecutivo. [...] El pueblo reina en el mundo político americano como Dios reina en el universo. Y es la causa y el fin de todas las cosas: todo sale de él y todo termina en él.

A la visión del pueblo soberano en la democracia norteamericana, divulgada en Europa por el aristócrata liberal, se le contraponían, sin embargo, autorizados intelectuales y políticos de los Estados Unidos,

como John Caldwell Calhoun, un ciudadano del Sur defensor de la sociedad aristocrática y esclavista. Agudo observador de la realidad de la democracia de su país, constataba que el pueblo no solo no reinaba como Dios, sino que de hecho se veía desautorizado por la soberanía de las nuevas oligarquías de políticos que «forman una asociación contra el pueblo y para sí mismos, y tratan de orientar a este último según sus fines sirviéndose de lo que se llama máquina de partido», convirtiendo, así, la participación del pueblo en las elecciones en «una mera farsa».

A través de la manipulación del pueblo soberano, Calhoun temía el advenimiento de una tiranía de la mayoría, «más peligrosa que una minoría facciosa», porque, observaba en 1823, «el gobierno de la mayoría numérica incontrolada no es otra cosa que la forma absoluta y despótica de los gobiernos populares, de la misma manera que la voluntad de uno solo o de pocos, de la monarquía y de la aristocracia; y tiene, como poco, una tendencia igualmente fuerte a la opresión y al abuso de sus poderes».

Sesenta años después, otro autorizado intelectual estadounidense, el sociólogo William Graham Sumner, constataba que el pueblo soberano había sido desautorizado por «los modernos plutócratas», que con el dinero «se abren camino en las elecciones y en las asambleas representativas, seguros de obtener poder suficiente como para compensarlos por los gastos realizados y recabar un amplio beneficio». Una opinión análoga la expresó un importante intelectual británico, James Bryce, estudioso del sistema político de los Estados Unidos a finales del siglo XIX, el cual, durante sus estancias en este país, constató «el excesivo poder ejercido por la organización de los grandes partidos políticos, la influencia ilegítima del dinero sobre la legislación, la tendencia a rebajar las funciones públicas, haciendo que sean la recompensa de servicios políticos prestados al partido».

La desautorización de la soberanía popular por obra de la plutocracia se vio confirmada por el sociólogo ruso Moiséi Ostrogórski a comienzos del siglo XX, en un profundo estudio sobre

la democracia y sobre la organización de los partidos en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, donde constató «dos hechos de una gravedad extraordinaria» en la evolución de la democracia americana: «El gobierno popular se le ha escapado de las manos al pueblo y el mercantilismo, en su aspecto más sórdido, ha arrasado al gobierno».

Resumiendo, cabalgando a través de un siglo de historia de los Estados Unidos, pretendes sostener que la primera democracia de la historia humana basada en el poder del pueblo soberano presentaba ya todos los aspectos que hoy se consideran factores de la actual enfermedad de la democracia: sospechosa desconfianza y evidente desprecio hacia el pueblo real, concentración del poder efectivo en una minoría de gobernantes sin prejuicios y de poderosos especuladores, manipulación del electorado por parte de los partidos. Así, llegas a sostener que en la primera república del pueblo soberano el pueblo ha sido rápidamente dessoberanizado. ¿Y qué ocurrió con el pueblo soberano en la primera democracia realizada en Francia?

Al hablar de Francia, creo que te voy a dar otro disgusto, pues ya veo que eres muy partidario del destino del pueblo soberano. Por desgracia, fenómenos bastante parecidos a los descritos para Estados Unidos ocurrieron en el país de la otra revolución de la soberanía popular triunfante.

En efecto, al igual que los revolucionarios americanos, la mayor parte de los revolucionarios franceses, artífices del primer Estado europeo basado en la soberanía de la nación, no se mostró dispuesta a identificar al pueblo con todos los ciudadanos, hombres y mujeres de toda condición social. También ellos desconfiaban de la mayoría del auténtico pueblo y, sobre todo, de las masas pobres. Emmanuel-Joseph Sieyès, el principal ideólogo del Tercer Estado y el más activo constitucionalista de la revolución francesa, era un resuelto defensor del sistema electoral censitario, convencido de que

una gran nación como Francia estaba «formada por dos pueblos diferentes»: por un lado, las personas inteligentes, la gente bien, los «dueños de la producción»; por el otro, «la multitud siempre niña», los obreros que eran solo instrumentos de trabajo, las masas campesinas.

La tumultuosa irrupción de las multitudes en la revolución desde 1789 no hizo sino acentuar la desconfianza de muchos revolucionarios respecto a las clases populares. A petición de Sieyès, el Comité que elaboró la Constitución por la que se instituía la monarquía constitucional reservó el derecho de elegir y de ser elegidos para todas las funciones públicas a los «ciudadanos activos», es decir, varones que hubiesen cumplido veinticinco años y pagasen impuestos, pues eran «los únicos que participan en la gran empresa social», mientras que eran excluidos del voto los «ciudadanos pasivos», es decir, «mujeres, al menos en las circunstancias actuales, niños, extranjeros y los que no den su contribución fiscal al Estado».

Aprobada en septiembre de 1791, la Constitución proclamaba que la soberanía, «una, indivisible, inalienable e imprescriptible [...], pertenece a la nación; ninguna sección del pueblo, ni ningún individuo, puede atribuirse su ejercicio», y que la nación, «de la que emanan exclusivamente todos los poderes, puede ejercerlos únicamente mediante delegación»; pero remachó la distinción entre ciudadanos activos y pasivos.

A esta discriminación se opusieron con vehemencia los revolucionarios democráticos como Robespierre: este proclamó que todos los ciudadanos, «no importa quiénes sean, tienen derecho a la representación a todos los niveles», porque la Constitución había «establecido que la soberanía pertenece al pueblo, a cada miembro de la población», por lo que cada individuo «tenía el derecho de tener poder de decisión en las leyes por las que es gobernado y en la elección de la administración que lo gobierna. Porque, si no, no es justo afirmar que todos los hombres gozan de iguales derechos, que todos los hombres son ciudadanos».

La nueva Constitución elaborada por Robespierre y los jacobinos, aprobada en junio de 1793, introdujo el sufragio universal para los varones adultos, convocados a confirmarla o a rechazarla por medio de un plebiscito. La Constitución fue aprobada, pero posteriormente, tras el fin de la dictadura jacobina, nunca se aplicó. El nuevo régimen del Directorio promulgó una nueva Constitución que reintrodujo el sufragio censitario. Un nuevo plebiscito masculino la confirmó.

De esta manera, un nuevo instrumento electoral, el plebiscito, fue introducido por la República francesa para garantizar la más genuina expresión de la voluntad del pueblo soberano. Pero con la llegada al poder de Napoleón Bonaparte, el plebiscito, hábilmente manipulado, se convirtió en el instrumento democrático para expropiar al pueblo su soberanía, como sucedió con los plebiscitos de 1799, tras el golpe de Estado del primer cónsul, el de 1802, para aprobar su proclamación como cónsul vitalicio, y el de 1804, para consagrar a Napoleón, que se había proclamado emperador de los franceses.

Con los plebiscitos, Napoleón rindió homenaje a la soberanía popular en el momento mismo en que se la sustraía al pueblo para incorporarla a su persona, en un intento de perpetuarla en su nueva dinastía.

Napoleón inauguró un nuevo sistema para transferir la soberanía del pueblo a la persona del líder. En los dos siglos siguientes, el sistema ha tenido numerosos imitadores en jefes de Estado y de régimen que han sostenido que encarnaban la voluntad del pueblo, de la nación, de la raza o del proletariado. De Napoleón III a De Gaulle, de Mussolini a Hitler, de Stalin a Mao hasta Kim Il-sung y sus descendientes (primer ejemplo de dinastía hereditaria comunista), llegamos hasta nuestros días, en los que la tradición napoleónica de la investidura plebiscitaria del líder parece renovarse con la tendencia a la personalización del poder en los Estados democráticos.

Quizá cuando se cumpla del todo la mutación de la democracia del pueblo soberano en democracia recitativa del pueblo dessoberanizado el exordio de las nuevas constituciones de las democracias recitativas ya no será «Nosotros, el pueblo», sino más bien «Nosotros, los gobernantes».

6. Yo me juego la cara

Hemos hablado de los distintos países en los que el pueblo ha sido proclamado soberano en la Constitución pero luego ha sido dessoberanizado por los mismos gobernantes que había elegido. No me parece que de esto el pueblo se haya quejado nunca, teniendo en cuenta que ha renovado su confianza en el líder o líderes que le habían sustraído la soberanía. Este comportamiento podría hacer surgir la duda de que al pueblo no le importe mucho su soberanía, ni esté decidido a defenderla para conservar, con ella, la garantía de una vida libre y digna de ser vivida. He querido manifestarte esta duda porque guardo para ti una pregunta especial sobre el pueblo soberano. Pero, antes, ¿por qué no me hablas del pueblo soberano en Italia? O más bien, comienza contándome cuándo se produjo en Italia la conquista del pueblo soberano.

Claro, no es posible dejar a un lado a Italia. De hecho, le dedicaré esta conversación, porque la mutación de la democracia representativa en democracia recitativa ha tenido en la política italiana de los últimos veinte años un experimento precoz y extraordinario, que todavía dura. Tanto, que muchos observadores y estudiosos de los cambios en curso en las democracias actuales han considerado el experimento italiano un caso muy instructivo para comprender lo que les está sucediendo o podría sucederles a otras democracias.

Para satisfacer tu petición, empezaré por la conquista de la soberanía popular en Italia.

En Italia, el pueblo hizo su primera gran experiencia de soberanía el 2 y 3 de junio de 1946, cuando las italianas e italianos adultos votaron para decidir, en un referéndum, si se mantenía la monarquía o se instituía la república y, al mismo tiempo, eligieron a los

diputados de la Asamblea constituyente, libremente seleccionados entre los candidatos de los distintos partidos de cualquier ideología política o religiosa que habían contribuido a la lucha contra el régimen fascista, algunos de los cuales –como la Democracia Cristiana, el Partido Socialista y el Partido Comunista– reunían en su organización a centenares de miles de militantes.

La campaña electoral fue turbulenta, pero las votaciones se desarrollaron en orden y con entusiasmo, como demostró la amplísima e imprevista participación. Los electores fueron 28.005.409, es decir, un 67 por ciento de la población; el porcentaje de votantes fue del 89,1 por ciento. Las electoras superaron en 1.216.241 a los hombres, aunque las mujeres elegidas para la Constituyente fueron solo 21 de 556.

Nunca hasta ese momento el pueblo italiano había sido convocado para decidir sobre la fundación de su Estado. Los plebiscitos con los que la monarquía de los Saboya había llevado a cabo la unificación de la península entre 1859 y 1861, en efecto, habían involucrado solo a una porción exigua de la población masculina adulta.

De todos modos, los plebiscitos eran un reconocimiento del hecho de que el Estado italiano nacía por consenso, aunque fuese casi simbólico, del pueblo soberano. La Constitución del Reino ¿no tenía un preámbulo a la norteamericana –«Nosotros, el pueblo»– que sancionase la soberanía popular?

Dices bien: fue un reconocimiento simbólico, porque la unificación fue en realidad un resultado conjunto de la habilidad política del liberal Cavour, la fuerza armada del rey de Piamonte, la habilidad militar del general demócrata Garibaldi y el entusiasmo de muchos jóvenes patriotas, hombres y mujeres, pero no fue consecuencia de una revolución popular como habría querido Giuseppe Mazzini. El soberano del Reino de Italia fue el rey «por la gracia de Dios y la

voluntad de la nación», como se leía en el Estatuto del Reino de Cerdeña adoptado por el nuevo Estado unitario.

En el Estado italiano, la participación electoral, únicamente masculina, siguió siendo exigua: solo en 1912 se extendió el voto y los electores varones aumentaron de 3.329.147 a 8.672.249. En 1919, tras la Gran Guerra, en las primeras elecciones con sufragio universal masculino y sistema proporcional, fueron llamadas a las urnas 11.115.441 personas, pero votaron tan solo 5.793.507, es decir, el 56,6 por ciento de los que tenían derecho a voto. En las siguientes elecciones de 1921, ya alteradas por la guerrilla civil del *squadrismo* fascista, los votantes fueron 6.701.496, o sea, el 58,4 por ciento. Finalmente, en las elecciones de 1924, tras una reforma electoral que atribuía al partido vencedor un premio de mayoría de dos tercios de los escaños (reforma decidida por Mussolini después de subir al poder en octubre de 1922), los votantes fueron 7.614.451, un 63,1 por ciento de los electores.

La libre participación del pueblo en la elección de los gobernantes fue abolida. Las elecciones para la Cámara de los Diputados de 1929 y 1934 fueron votaciones plebiscitarias para decir «sí» o «no» a la lista de los candidatos fascistas propuesta por el Gran Consejo del fascismo, el órgano constitucional supremo del régimen totalitario. El fascismo proclamó la negación de la democracia, definida por Mussolini como un régimen que «da al pueblo la ilusión de ser soberano, mientras que la soberanía verdadera y efectiva reside en otras fuerzas a veces irresponsables y secretas». Para el fascismo, el pueblo se expresa «en la conciencia y la voluntad de pocos, o mejor dicho, de Uno». El régimen sustituyó la libre participación por la movilización obligatoria de toda la población –hombres, mujeres, viejos y niños– en las organizaciones del partido único.

Considerando las anteriores experiencias de elecciones plebiscitarias monárquicas o totalitarias, las elecciones de junio de 1946 poseen un extraordinario significado histórico, porque, por primera vez, las italianas e italianos votaron con la conciencia y la dignidad de ciudadanos libres e iguales, y eligieron a representantes

a los que confiaron la tarea de elaborar los principios, los valores, las instituciones y las reglas de su Estado democrático. Al hacer esto llevaron a cabo una revolución pacífica para crear una república de ciudadanos libres e iguales ante la ley. Fue un «milagro de la razón», como lo definió Piero Calamandrei, uno de los artífices de la Constitución italiana.

La participación libre y consciente de las italianas e italianos fue el acta de nacimiento de la república democrática «basada en el trabajo». En el Artículo 1 de la Constitución se afirmaba: «La soberanía pertenece al pueblo, que la ejerce según las formas y los límites de la constitución». Y se definía al pueblo, en el Artículo 3, como una colectividad de libres e iguales:

Todos los ciudadanos gozan de la misma dignidad social y son iguales ante la ley, sin distinciones de sexo, raza, lengua, religión, opiniones políticas, condiciones personales y sociales. Es tarea de la República suprimir los obstáculos de orden económico y social que, al limitar de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos, impiden el desarrollo pleno de la persona humana y la participación efectiva de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país.

He oído decir que la redacción final del texto constitucional fue revisada por doctos lingüistas, que facilitaron más la comprensión del lenguaje de la Constitución de modo que todos los ciudadanos pudiesen hacer suyos directamente sus derechos y sus deberes en el nuevo Estado, en el que eran el pueblo soberano.

Es verdad, los constituyentes estuvieron muy atentos al estilo del texto constitucional. El pueblo real, que había participado directamente en la elección de los constituyentes, tenía el derecho de leer y comprender el contenido de la Constitución sin verse obligado a ir a la biblioteca para consultar diccionarios y enciclopedias ni tener que pedir explicaciones a personas con cultura. Aunque no sé cuántas italianas e italianos han leído la Constitución, los constituyentes quisieron que todos tuviesen la capacidad de leer y comprender lo que estaba escrito.

Esto pasó hace setenta años, cuando una Asamblea constituyente de hombres y mujeres que militaban en partidos antagonistas, con gran sentido de su responsabilidad como ciudadanos y competencia como juristas, pusieron los cimientos de una república democrática a la que confiaron la tarea de consentir al pueblo italiano «el pleno desarrollo de la persona humana». Y lo hicieron pensando, razonando, discutiendo muy animadamente.

Ninguno de los nuevos gobernantes, mientras elaboraban y aprobaban la Constitución de la República italiana, dijo: «Yo me juego la cara».

¿Qué quieres decir? Me parece que esta no es una expresión que se pueda usar referida a un acto tan importante, algunos dirían incluso que sagrado, como la redacción de la Constitución, por lo que no entiendo cómo se te ha ocurrido usarla con este fin.

La he citado porque se ha convertido en una expresión frecuente, mejor dicho ritual, en el lenguaje actual de los políticos y, sobre todo, de los gobernantes cuando tratan de convencer al pueblo italiano de que están dispuestos a comprometerse completamente, en cuerpo y mente, por el bien común.

«Yo me juego la cara» es la imagen física de un compromiso que no quiere ser solo mental, sino también moral. No cumplir con el compromiso significa «perder la cara». Y, en general, el político y el gobernante que dicen «yo me juego la cara» acusan a sus adversarios de «hablar a las tripas de la gente», es decir, de excitar emociones y pasiones para explotarlas en su propio provecho. También la difusión de esta expresión en la jerga política actual parece ser un síntoma estilístico del nacimiento de una democracia recitativa a la italiana.

Pero veo que sonríes, mi querido Genio del libro. ¿Qué es lo que te hace sonreír: los políticos y los gobernantes que se comprometen ante el pueblo soberano diciendo «Yo me juego la cara», o bien la expresión en sí?

Sonríó porque me he acordado de que te gusta mucho el actor Totò, y veo que en las estanterías de tu biblioteca tienes muchos libros de él y sobre él. Y mientras hablabas y repetías esa expresión respecto a la cara, me ha vuelto a la memoria un gag de él, cuando en la película Che fine ha fatto Totò Baby dice: «¿Queréis saber qué cara pongo? ¡Una caraza!».

Sí, me gusta mucho Totò, porque sus películas me han acompañado desde mi infancia, y desde mi infancia lo he sentido como un amigo; pero no parece que sea este el caso de bromear a costa de una expresión del lenguaje político que revela, según creo –lo mismo que la expresión «hablar a las tripas de la gente», por citar solo la más frecuente entre las más groseras–, la profunda mutación que ha ocurrido en la política italiana, sobre todo en la cultura, y luego en la mentalidad, en la actitud, en el comportamiento e incluso en la manera de entender la democracia, el pueblo soberano y el papel del gobernante. La expresión «Yo me juego la cara» puede ser asumida como emblema de la democracia recitativa italiana, teniendo en cuenta que en una actuación la cara siempre es fundamental.

Ahora me parece que estás exagerando un poco cuando atribuyes tanta importancia al significado de una expresión que se le habrá escapado a algún político o a algún gobernante en un momento de ligereza discursiva, puede que incluso en una cena con amigos o en algún mitin ante gente corriente, con un lenguaje populachero, como hacen los vendedores en el mercado cuando quieren asegurarle al cliente que no lo están engañando al decir que la camisa o el pantalón o la fruta o el pescado o la herramienta que ofrecen es lo mejor del mercado.

No sé si te das cuenta, pero has hecho una observación muy apropiada al citar al vendedor del mercado. Con un ejemplo casi banal has sintetizado bien, en realidad, lo que muchos estudiosos de las democracias enfermas consideran una de las principales

manifestaciones de la propia enfermedad y, al mismo tiempo, una de sus causas. Es decir, la transformación de la comunicación política entre los gobernantes y el pueblo soberano en una especie de venta publicitaria. En cuanto a tu objeción de que se trata de una expresión que se le ha escapado a algún político o gobernante durante una charla populachera, estás equivocado, y te lo voy a demostrar con algunos ejemplos. Son ejemplos de políticos investidos de los más elevados cargos del Estado italiano. Al citarlos, deberé decir algo sobre los acontecimientos políticos de los que han sido protagonistas, para hacer comprender a nuestro lector que cito a los gobernantes que han tenido y tienen un papel decisivo en la mutación en curso de la democracia italiana.

El primer ejemplo se refiere a Silvio Berlusconi, el protagonista principal de la política italiana de los últimos veinte años.

El 17 de mayo de 2011, en vísperas de las elecciones administrativas de Milán, el presidente del Consejo de Ministros, Berlusconi, líder indiscutido del Pueblo de la Libertad, que era el mayor partido de centroderecha, dijo: «En Milán me juego la cara solo si es útil». Su partido tenía como principal antagonista al candidato de las izquierdas, que finalmente resultó vencedor. Probablemente el presidente del Consejo pensó que no se jugaba la cara porque estaba seguro de que iba a perder, y por lo tanto no quería perder la cara, o bien no se dio cuenta de que era útil que se jugase la cara para ganar. Seis meses más tarde el gobierno de Berlusconi se vio obligado a dimitir porque el país estaba al borde de la bancarrota.

Concluyeron así los asuntos de gobierno de casi veinte años del político más poderoso y más influyente a caballo del segundo y tercer milenios, ya como propietario de un vasto imperio privado publicitario, televisivo y editorial, ya como fundador y líder del partido más fuerte de centroderecha, que tenía el récord de haber dirigido dos de los gobiernos más longevos de la Italia republicana. Ningún otro político y gobernante de la República italiana ha dado un impulso tan fuerte a la personalización de la política como

Berlusconi, que no dudó en presentar su propia persona física como corporeización del pueblo soberano.

Haya usado poco o mucho la expresión «yo me juego la cara», la de Berlusconi ha sido probablemente la cara política más difundida en Italia desde los tiempos de Mussolini: expuesta públicamente en enormes carteles, en los semanarios ilustrados y en los programas de televisión de su empresa privada, al igual que en los programas de la televisión estatal, ya fuese cuando estaba en la oposición, ya, sobre todo, cuando estaba en el gobierno.

Además, en los años en que fue presidente del Consejo, Berlusconi pretendió disponer de una autoridad privilegiada ante los demás órganos constitucionales del Estado italiano y del mismo presidente de la República, porque se consideraba el único gobernante que encarnaba la voluntad popular al ser el único elegido directamente por el pueblo soberano.

Berlusconi ha sido asimismo el gobernante más controvertido de la historia italiana, sobre todo por las acusaciones de fraude fiscal, de corrupción y de comportamiento escandaloso cuando desempeñaba el más alto cargo del gobierno. Condenado a cuatro años de reclusión el 1 de agosto de 2013 con sentencia firme, a Berlusconi se le prohibió durante dos años ostentar un cargo público, y el 27 de noviembre fue cesado de su cargo de senador.

Pero me parece que el presidente Berlusconi ha rechazado siempre las acusaciones, acusando a su vez a los jueces de ser comunistas y de perseguirlo para impedirle gobernar según la voluntad del pueblo que lo había elegido.

No tenemos tiempo de ocuparnos de las vicisitudes judiciales que acompañaron a Berlusconi antes y después de su entrada en política, creando artificialmente un partido personal, modelado según la estructura de su empresa publicitaria y sostenido por las redes televisivas y por las publicaciones periódicas de su propiedad con una agobiante propaganda diaria.

Pero por lo que respecta a nuestro tema, hay que decir que Berlusconi, aun condenado y apartado como senador, ha continuado siendo el líder indiscutible del mayor partido de centroderecha, que ha dado su voto de confianza al gobierno Monti y al gobierno Letta. Y también es oportuno recordar que Berlusconi siempre reivindicó, frente a sus sucesores en el gobierno, haber sido el último presidente del Consejo elegido por el pueblo, con lo que quería decir que los siguientes tres presidentes del Consejo nombrados por el jefe del Estado son, en realidad, usurpadores de su legítima investidura popular para guiar al país.

Durante toda su carrera política, Berlusconi ha puesto en práctica como pocos la personalización de la política, haciendo coincidir el partido que fundó con su persona, y a la persona con su cuerpo físico, exhibido por prestancia, buena presencia y arreglos estéticos, y con su aureola de supuesto carisma, en su mayor parte construido. Para Berlusconi su persona coincidía con la masa de sus electores, transfigurados en la encarnación de toda Italia. Asociada al poder publicitario y propagandístico de su imperio mediático, al que se añadieron el control y la influencia personal sobre la radio y especialmente sobre la televisión estatal, la política personalizada de Berlusconi trató de personalizar también al gobierno por medio de varias intentonas de modificar la Constitución para concentrar mayor poder en sus manos. El fracaso de estos intentos no ha impedido a su proyecto de personalización del poder dejar una huella duradera en la política italiana, convirtiéndose, en Italia y en el extranjero, en un modelo para otros políticos que aspiran a un poder fuertemente personalizado.

Quizá, como italiano, atribuyes a Berlusconi una estatura internacional, aun negativa, que me parece exagerada. Sé que en el extranjero, por algunas de sus extravagantes exhibiciones y por la reputación de su comportamiento sexual, exhibido también cuando era presidente del Consejo, Berlusconi ha sido duramente criticado con un sarcasmo divertido o incluso despectivo. Y representado

como la habitual parodia del habitual teatrillo de la habitual política del habitual pueblo italiano, que nunca acaba de madurar democráticamente y continúa dejándose encandilar por las exhibiciones del hombre fuerte, del duce carismático, del seductor afortunado y del listillo vencedor.

Los aspectos grotescos del personaje Berlusconi han alimentado el sarcasmo caricaturesco de muchos observadores extranjeros. Sin embargo, más allá de la caricatura, lo que ha llamado la atención de los estudiosos extranjeros ha sido el fenómeno de la personalización de la política y del poder en un importante empresario, uno de los hombres más ricos de Italia y del mundo, propietario de instrumentos para influir en la opinión pública y manipular la mentalidad y el comportamiento de millones de personas para transformarlas en consumidores de sus productos, desde los programas de televisión hasta los de gobierno. Los efectos del «berlusconismo» sobre la transformación de la democracia italiana fueron juzgados muy severamente en la valoración de *The Economist*, que en abril de 2001, antes de las elecciones, dedicó la portada a Berlusconi definiéndolo en el título «no apto para gobernar Italia».

En el informe *Democracy Index* de 2010 se constataba que con la vuelta de Berlusconi al poder en 2008 la situación del sistema de información mediática en Italia «se había deteriorado notablemente», porque

además de poseer y controlar Mediaset, que tiene tres canales de televisión nacionales, el señor Berlusconi posee también el control directo de la RAI, la emisora pública. RAI1, el canal estatal con un público más numeroso, ha decidido sistemáticamente limitar o ignorar del todo las noticias negativas sobre el señor Berlusconi y sus más estrechos acólitos. Ha habido, además, presiones sobre la RAI para suprimir o limitar algunos programas populares de orientación izquierdista porque eran críticos con el señor Berlusconi y su gobierno».

Por estos motivos, el semanario inglés degradaba a Italia de la categoría de «democracia plena» a la categoría de «democracia defectuosa.

Quizá la degradación de Italia ha sido consecuencia de la antipatía del semanario inglés por el político italiano, y no debería tomarse como una valoración imparcial sino como una de tantas sentencias engreídas de prejuicio extranjero sobre Italia.

Puede ser. Pero la valoración negativa del experimento berlusconiano de personalización del poder la sustentan también otros estudiosos extranjeros que no tienen prejuicios hostiles hacia Italia ni hacia el político italiano, y que han visto en el fenómeno Berlusconi un riesgo para la democracia. Por ejemplo, el filósofo liberal alemán Ralf Dahrendorf, convertido en ciudadano británico y miembro de la Cámara de los Lores, lo definió «objetivamente» como un riesgo para la democracia:

Es su naturaleza, más que su voluntad, la que lo lleva a representar un riesgo para la democracia, porque lo empuja a abusar de su doble papel de líder político, propietario de medios de comunicación y de un partido que no existiría sin él. [...] Esta peligrosa ambigüedad es resultado del hecho de detentar el poder de controlar al mismo tiempo un delicado instrumento intermediario entre el pueblo y el poder: un imperio mediático. En mi opinión, esto es totalmente contrario al orden liberal.

Otro observador extranjero, que es un autorizado estudioso del sistema político de la Italia contemporánea, el francés Marc Lazar, animado por sentimientos nada polémicos, ha escrito que la «persona sulfúrea» de Berlusconi ha «provocado rupturas fundamentales» en la política italiana. «La comunicación mediática es ahora esencial en Italia, la personalización posee un papel aumentado en la esfera pública, el poder ejecutivo tiende a reforzarse. [...] Italia es uno de los grandes enfermos de Europa, y la terapia del “doctor Berlusconi” no le ha permitido restablecerse», mientras que es cierto, para el estudioso francés, que el «momento

Berlusconi» ha «significado, de manera verosímil, un cambio completo en el universo de las representaciones mentales, si no ideológicas». Esto ha sucedido sobre todo en el estilo de la comunicación política y de la relación entre el líder y la opinión pública, fuertemente concentrados en la personalización como factor dominante, acompañada por una simplificación de la cultura política en frases publicitarias de desconcertante vacuidad, genéricas e insulsas pero eficaces para suscitar en el público un consenso emotivo más que racional, todo tendente a la exaltación del líder.

El estilo político berlusconiano, sigue diciendo Lazar, «se propone hacer de la política un amplio escenario, ocupado en primer lugar por él y sus amigos, agitado por los dramas, las alegrías, los sentimientos que él mismo, gran director de escena, crea para todas las obras»:

Así, pues, no es nada sorprendente que su mensaje se centre en su persona, hasta precipitarse en una megalomanía aceptada conscientemente: «No hay nadie en el escenario mundial que pueda pretender compararse conmigo. Mi habilidad, mis cualidades humanas, mi pasado están fuera de discusión. Todos hablan de ello como de un sueño, y les toca a ellos demostrar que son mejores que yo, y no al revés». Quien no está con él está contra él. [...] La comunicación de Berlusconi no es solo una cuestión de discursos y mensajes, sino que se extiende también a su persona física, porque ofrece su propio cuerpo para la identificación, incluso para la adoración.

De todos modos, tú mismo has dicho que la carrera política de Berlusconi concluyó de hecho con su expulsión del Senado. Imagino que sus sucesores, llamados a guiar el gobierno para poner remedio a los destrozos producidos por la prolongada gestión berlusconiana, han emprendido un saneamiento de los hábitos políticos, estableciendo con el pueblo soberano una relación menos emotiva y más racional, más de mente que de cuerpo y, sobre todo, liberada de la pretensión de que una persona pueda encarnar la voluntad del pueblo solo porque posee una mayoría electoral que le permite hacerse con la conducción del gobierno.

En realidad, aun condenado y destituido como senador, como líder de un partido personal que, a pesar de todo, seguía siéndole fiel con un notable número de parlamentarios, Berlusconi ha continuado haciendo sentir su peso. Has de tener presente, para comprender lo que acaeció tras su dimisión, que esta se produjo en noviembre de 2011 sin moción de censura por parte del Parlamento elegido en 2008, cuando el partido berlusconiano ostentaba todavía la mayoría. Este hecho dio a Berlusconi un pretexto para protestar contra una transferencia de poder que no había sido decidida por la voluntad del pueblo soberano, sino por una maniobra palaciega. Pese a ello, el presidente de la República, Giorgio Napolitano, que estaba cerca del fin de su mandato, decidió otorgar al profesor Mario Monti, un economista nombrado para la ocasión senador vitalicio, el encargo de formar un gobierno de técnicos para salvar a Italia de la bancarrota.

El gobierno Monti tomó posesión el 16 de noviembre con la confianza de una amplia mayoría parlamentaria, incluido el Partido Democrático y el Pueblo de la Libertad. También los italianos aceptaron con un gran consenso al profesor Monti, un economista de prestigio internacional, un técnico experimentado y competente, que en su misma imagen física de personaje sobrio en el lenguaje y en el aspecto era la antítesis de su exuberante, locuaz y desenvuelto antecesor.

Si los símbolos poseen un significado y una función pública, podemos decir que la elección de una persona tan diferente respecto al político anterior, modelo para los italianos de un estilo diferente en la actitud, el comportamiento y, sobre todo, la cultura política, fue cuidadosa.

Muchos de aquellos que no apreciaban el estilo político del berlusconismo aplaudieron la llegada del profesor Monti. Con todo, también el nuevo presidente del Consejo acabó siguiendo las huellas de su antecesor, ciertamente con menos exhibiciones y menos

exuberancia, pero esforzándose también por ser popular y, a su manera, populachero, al menos en su manera de dirigirse al público. Así, también el sobrio y serio profesor sintió la exigencia de decir «yo me juego la cara» respecto al severo programa de reformas económicas y sociales que impusieron grandes sacrificios a los italianos.

Al anunciar el 17 de octubre de 2012 un decreto para combatir la corrupción que se extendía por Italia, Monti dijo: «Yo no he usado en toda mi vida la expresión “jugarme la cara”, pero lo hago en este caso». Para no ser menos, el ministro de Desarrollo Económico prometió completar la autopista SalernoReggio Calabria antes de finalizar 2013: «Como en otras muchas cosas, me juego la cara». A finales de 2013 la autopista todavía no se había terminado. Y tampoco había acabado la corrupción.

Pero el compromiso de gobierno del profesor duró apenas un año. En efecto, el 12 de diciembre de 2012 Monti dimitió y seis días después anunció su decisión de «subir en política» (la expresión es suya), es decir, de presentarse a las elecciones de 2013 con su propia lista, llamada Opción Cívica.

Las elecciones se celebraron el 24 y 25 de febrero de 2013. Los resultados fueron un terremoto. En primer lugar, el vencedor principal fue el «partido de la abstención», con la más baja afluencia a las urnas en unas elecciones políticas en la Italia republicana, cinco puntos por debajo respecto a las elecciones de 2008 y más de ocho puntos menos respecto a las de 2006. El Partido Democrático, al que los sondeos atribuían la victoria con más del 30 por ciento de los votos, obtuvo en el Parlamento el 25,5 por ciento, perdiendo un 30 por ciento respecto a las elecciones políticas de 2008. En cambio, el Pueblo de la Libertad, al que los sondeos pronosticaban un fuerte descenso, a pesar de sufrir una notable pérdida de votos respecto a 2008, obtuvo, aun así, el 21,3 por ciento, gracias a la vuelta a escena del viejo líder, todavía capaz de obtener consensos. La desilusión del secretario del Partido Democrático Pier Luigi Bersani, extravagante pergeñador de metáforas abstrusas, que había lanzado

la campaña electoral con la frase «Debemos borrar las manchas del jaguar», queriendo decir con esto que derrotaría al poderoso Berlusconi, fue grande.

La sorpresa más clamorosa fue el éxito estrepitoso del Movimiento 5 Estrellas, fundado por el cómico Beppe Grillo en 2009. Subestimado por los demás partidos y por el presidente de la República como un efímero movimiento de protesta ruidosamente vulgar, el Movimiento obtuvo el 25,1 por ciento del Parlamento, en el que se convirtió en el segundo partido.

Bersani dimitió como secretario del Partido Democrático porque, dijeron los periódicos, había «perdido la cara» tras haber fracasado en su misión de «borrar las manchas del jaguar». En su lugar fue elegido Guglielmo Epifani, un exsindicalista.

Siento interrumpir tu narración de los acontecimientos políticos, pero, una vez más, citas una frase, «borrar las manchas del jaguar», de una autoridad política, el secretario del mayor partido de la izquierda, que para mí no tiene ningún sentido y me pregunto qué pueden haber entendido los electores. Quizá sea porque no la han entendido por lo que el partido de Bersani ha perdido unos millones de votos y el partido de Berlusconi no se ha hundido.

Deberás acostumbrarte al nuevo lenguaje de la política italiana, a la lengua política de la era berlusconiana y posberlusconiana, que ya ha parido otros extravagantes pergeñadores de nuevas metáforas para exponer sus ideas y programas.

Volvamos a los asuntos de Italia. Tras las elecciones, hubo ajetreadas conversaciones e intrigas para formar el nuevo gobierno. El 20 de abril el Parlamento eligió de nuevo a Napolitano para la presidencia de la república: era el primer caso de un segundo mandato. Cuatro días más tarde, el presidente reelegido hizo a Enrico Letta, diputado del Partido Democrático, el encargo de formar un gobierno de «amplio consenso», con la participación de miembros del Partido Democrático, del Pueblo de la Libertad y de

Opción Cívica. El gobierno Letta asumió el poder el 28 de abril. Al presentarse como candidato para la secretaría del Partido Democrático, Epifani había aprobado el gobierno de «amplio consenso»: «Ha sido acertado tomar esta vía. Una vía que no hay que recorrer con miedo, porque, si no, no deberíamos habernos metido en esta aventura. Nos jugamos la cara en este gobierno».

Así, pues, en Italia, como ves, a todos los que hacen política, y especialmente a los gobernantes, se les escapa cada vez con más frecuencia la frase: «Yo me juego la cara». También el presidente del Consejo, Letta, en un debate público, justificó el gobierno de «amplios consensos», en contraste neto con la voluntad expresada por la mayoría de los electores y en especial de los electores de su partido, declarando: «Yo estoy aquí en una situación excepcional; al terminar esta fase volverá la confrontación bipolar. Me juego la cara y pido a todos los que desean realmente la buena política que tengan confianza. No hay subterfugios tras este intento nuestro».

El gobierno Letta duró menos de un año. Una primera crisis lo sacudió en noviembre de 2013, cuando el presidente del Consejo se opuso a la dimisión de la ministra de Justicia, involucrada en el caso de una llamada telefónica comprometedor para favorecer la excarcelación de la hija de un amigo. «Letta se ha equivocado al jugarse la cara», comentó Matteo Renzi, alcalde de Florencia, que el 8 de diciembre de 2013 fue elegido secretario del Partido Democrático, conquistando una amplia mayoría a la cabeza de los jóvenes políticos en ascenso decididos a «desguazar» –este era el grito de batalla de Renzi– a los viejos dirigentes del partido, con la ambición de reformar todo el país.

Parece que quieres tomarme el pelo con las sorpresas del nuevo lenguaje político. Ahora quien se juega la cara dice también que quiere desguazar a los viejos dirigentes. Ya sé que desguazar significa dismantelar un vehículo y utilizar las partes que todavía funcionan. No entiendo en qué sentido se puede desguazar a la dirección de un partido, y también pienso que este no es un

lenguaje apropiado para un joven político, que aspira a conquistar la dirección de un partido para luego conquistar el gobierno de un país como Italia, que presume de literatos de fama mundial, muchísimos de los cuales son paisanos del alcalde florentino.

Si hubieses consultado el *Nuovissimo vocabolario illustrato della lingua italiana* de Giacomo Devoto y Gian Carlo Oli, habrías leído, en la entrada «desguace»³, que en sentido figurado la palabra se usa «para designar a una persona extenuada y desgastada en lo físico y lo moral». Era en este sentido, probablemente, en el que la palabra «desguace» era utilizada por el alcalde de Florencia en la batalla por la conquista del Partido Democrático. También los seguidores de Renzi comenzaron a «jugarse la cara».

Durante la campaña del alcalde de Florencia para asumir la secretaría del partido, una joven diputada y estrecha colaboradora suya, Maria Elena Boschi, entrevistada respecto a las reformas que los aspirantes a gobernantes intentaban llevar a cabo, respondió: «Por estas me juego la cara».

Conseguida la «escalada del partido» (como él mismo la definió), el nuevo secretario prometió un leal apoyo al gobierno de los «amplios consensos», pero en seguida empezó a moverse para «escalar» hasta llegar también al gobierno. En enero siguiente, en efecto, puso en marcha personalmente una negociación con Berlusconi, el denominado «Pacto del Nazareno» (llamado así por la plaza donde tiene su sede el Partido Democrático), para proyectar juntos una nueva ley electoral y una amplia reforma de la Constitución italiana con el fin de dotar al presidente del Consejo de mayores poderes y poner fin al llamado «bicameralismo perfecto» reformando el Senado.

Antes del primer encuentro de las muy reservadas negociaciones entre el cesado senador Berlusconi y el secretario del Partido Democrático, que no era parlamentario, Renzi envió un mensaje al presidente del Consejo para ofrecerle garantías respecto al apoyo del partido a su gobierno: *#enricotencalma*.

Dos meses más tarde, preanunciado por conversaciones privadas del secretario del Partido Democrático con el presidente de la República primero y luego con el presidente del Consejo, se produjo el fin del gobierno Letta. El 13 de febrero la dirección del Partido Democrático, con una amplísima mayoría, aprobó la propuesta del secretario para mantener el gobierno de los «amplios consensos», pero sustituyendo al presidente del Consejo. El 22 de febrero se celebró en el Quirinal, con un helado formalismo, la ceremonia del traspaso de poder de Letta a Renzi.

También Renzi, convertido en presidente del Consejo sin haber sido elegido por el pueblo soberano, comenzó diciendo «yo me juego la cara» ante cada anuncio y aprobación de una reforma de su programa de «desguace», extendido por la clase dirigente de su partido al Senado y a todo aquello que en el ordenamiento constitucional y en la legislación existente fuese considerado por Renzi un obstáculo para la revolución emprendida para garantizar a Italia un gobierno estable y eficaz.

Al aproximarse el referéndum sobre la reforma de la Constitución propuesta por él y aprobada por el Parlamento, que incluye, entre otras cosas, la transformación del Senado en un órgano parlamentario no elegido ya directamente por el pueblo soberano, el 4 de julio de 2016 Renzi declaraba ante la dirección de su partido: «Quien tenga miedo de enfrentarse a los ciudadanos que se vaya a hacer otra cosa. Los que imaginan alimentarse de las circulares y de los sondeos que dan vueltas por el Transatlántico⁴ que sepan que no tenemos miedo de jugarnos la cara».

En otras muchas ocasiones el presidente secretario ha dicho «yo me juego la cara». Por ejemplo, en mayo de 2014, en vísperas de una visita a las obras de la Expo de Milán mientras sobre ella se llevaba a cabo una investigación judicial por un nuevo escándalo de corrupción, manifestó su pretensión de que las obras continuasen: «Todos dicen “quién te manda hacerlo, no te conviene mezclar tu cara limpia con lo que ha sucedido”, pero prefiero arriesgarme a perder algunos puntos en los sondeos electorales que a perder

inversiones y puestos de trabajo». E, inmediatamente, un periódico dio la noticia con el título: «Renzi: Me juego la cara. Alto a los delincuentes, pero las obras no se paran.»

En aquella ocasión, a las palabras del presidente del Consejo les hicieron eco solidario las palabras del presidente de la República, que al encontrarse en el Quirinal con una representación de voluntarios para colaborar en la Expo 2015, dijo: «Gobernantes, representantes de las instituciones, antes y después de 2008 todos nos hemos jugado la cara sobre el gran mapa de la Expo». También cuando en 2016 se protestó contra él con ruidosos silbidos durante una asamblea de la Confcommercio⁵ el presidente Renzi reaccionó diciendo: «Me han silbado desde el primer día, y continuarán haciéndolo, al jugarme la cara por todas partes».

Y, como él, otros gobernantes y políticos dicen continuamente «yo me juego la cara» para demostrar al pueblo soberano que son serios y sinceros cuando prometen trabajar por el bien común. Diría, resumiendo, que la expresión «yo me juego la cara» podría convertirse en el emblema de la personalización de la política y del poder que está sustituyendo, en los Estados democráticos actuales, a la soberanía del pueblo.

Resumiendo, me parece evidente que no te gusta nada que un gobernante diga: «Yo me juego la cara». Deberías adecuarte algo más a los tiempos y aceptar el lenguaje innovador que, a fin de cuentas, podría resultar incluso simpático y manifestar muchas buenas intenciones.

No estoy en contra de las innovaciones del lenguaje, sino contra un lenguaje bastante zafio que degrada la cultura y la comunicación políticas como si se estuviese vendiendo algo en el mercado. «Yo me juego la cara», más allá de las buenas intenciones del gobernante y del político que se la juega, es la manifestación del empobrecimiento del lenguaje político, que deja entrever una decadencia más general de la cultura política, del sentido cívico, del sentido del Estado, del

gobierno y de la propia democracia representativa, casi como si se hubiese reducido a un asunto personal. «En la cara» –permíteme que lo diga– del pueblo soberano.

Quizá tengas razón al asumir la expresión «yo me juego la cara» como emblema de una personalización de la política y del poder por parte de gobernantes democráticos que no parecen tener el estilo de un Roosevelt, de un Churchill o de un De Gaulle, los cuales, en cuestión de personalización tanto de la política como del poder, no eran menos, sin duda, que los políticos y gobernantes italianos. ¿Pero crees que basta esta carencia de estilo para hablar nada menos que de decadencia del sentido del Estado y de la democracia?

Claro que no basta. Tampoco, cuando hablo de la decadencia del sentido del Estado y de la democracia, me refiero solo a los políticos y a los gobernantes. Por desgracia, se trata de una actitud que hoy parece que se ha extendido a la mayoría de la población italiana, que muestra hacia las instituciones democráticas, el gobierno, el Parlamento, la clase política y los partidos la misma desconfianza que se ha constatado en otras democracias occidentales en las que el «*demos* está ausente» y los ciudadanos son «*no*soberanos», adoptando comportamientos consecuentes: abandono de los partidos, indiferencia, denigración y desprecio por la clase política y por la política en general, abstención en las elecciones.

Unos cuantos datos bastarán para mostrarte el estado de salud del Estado democrático en Italia, que en 2011 celebró sus ciento cincuenta años de vida como Estado y en 2016 ha festejado los setenta años como república democrática. El dato más relevante es la constante disminución de la ya débil confianza de los italianos en las instituciones: entre 2010 y 2014, la confianza en el Estado se ha reducido del 30 al 15 por ciento; en el Parlamento, del 13 al 7 por ciento; la confianza en el presidente de la República se ha precipitado del 71 al 44 por ciento, y en la magistratura, del 50 al 33

por ciento; se ha resentido también, aunque sigue alta, la confianza en las fuerzas del orden, del 74 al 67 por ciento; y en el punto más bajo de la confianza de los italianos estaban los partidos, que habían bajado del 8 al 3 por ciento. En 2015 se ha producido un leve repunte de la confianza, aun permaneciendo, para casi todas las instituciones, por debajo del 50 por ciento: respecto al Estado, la confianza ha subido de nuevo al 22 por ciento; al presidente de la República, al 49 por ciento; a las fuerzas del orden, al 68 por ciento; al Parlamento, al 10 por ciento, e incluso hacia los partidos, al 5 por ciento, mientras que ha bajado al 31 por ciento la confianza en la magistratura.

¿No piensas que esta recuperación de la confianza es un signo de recuperación de la democracia italiana, y que podría ser el comienzo de una mejora de las relaciones entre el pueblo soberano y los gobernantes, la clase política, las instituciones democráticas?

Aun el más leve aumento de la confianza en la democracia representativa y en los gobernantes se espera en Italia como si se anunciase un cambio, tras casi cuarenta años de una larga transición sin meta, que describí hace seis años en mi ensayo *Né Stato, né Nazione. Italiani senza meta*, publicado en vísperas de la celebración de la Unidad de Italia. En una nueva edición, tres años más tarde, escribí en las «Conclusiones»: «No puede excluirse que los italianos e italianas, avergonzándose de las malsanas condiciones de su Estado degradado, puedan ser capaces, de nuevo, de renovar la simbiosis entre italianidad, unidad y libertad y construir finalmente un Estado nacional de ciudadanos libres e iguales, del que nos sintamos orgullosos, no por soberbia, sino por dignidad».

Como ves, no estoy nada afligido de pesimismo crónico. Por desgracia, es la realidad la que se divierte frustrando las esperanzas, como sucede con frecuencia en la vida. Yo pienso que la esperanza es lo último que se pierde, como dice el proverbio; si no la matan antes, añado yo.

Los síntomas de recuperación de la confianza contrastan, desgraciadamente, con otros datos, que confirman que la sensación de alienación del pueblo soberano respecto a la democracia representativa, a los gobernantes y a las instituciones permanece o incluso ha crecido, como demuestra la constante tendencia al abstencionismo electoral, que se ha acelerado precisamente en los últimos años, pese a las leves señales de aumento de la confianza. En las elecciones de 2013, como ya he recordado, la afluencia a las urnas ha sido la más baja de toda la historia de la República, al descender hasta el 75,2 por ciento respecto al 94 por ciento de los años 1950. En las elecciones europeas de 2014, la afluencia se desplomó desde 86 por ciento en 1979 hasta el 58 por ciento. En las elecciones regionales parciales del mismo año, el abstencionismo ha rozado el 60 por ciento. Incluso en una de las regiones italianas que se considera que tienen mayor tradición cívica, EmiliaRomagna, en aquella ocasión votó apenas el 37,7 por ciento de los electores, mientras que cuatro años antes se había acercado a las urnas el 68 por ciento.

Si las elecciones son la única expresión concreta de la soberanía popular, debemos terminar diciendo que en las condiciones actuales de la democracia italiana una amplia mayoría de la población no ejerce su soberanía, mientras que una ley electoral definida *Porcellum* (una guarrada) por su propio inventor, aunque declarada inconstitucional por el Tribunal Constitucional, ha llevado al Parlamento a una clase política votada por los electores pero nombrada por las oligarquías de los partidos, que se han convertido cada vez más en «partidos personales» o personalizados. Al mismo tiempo, el comportamiento de los parlamentarios –sobre los que se abaten con frecuencia casi diaria las acusaciones de corrupción, de acumulación de beneficios como «casta» intocable, de desprecio hacia la voluntad del elector– parece renovar, en tiempos de inmigración hacia Italia, la tradición migratoria de los italianos: en efecto, han sido más de 250 (y el número parece destinado a aumentar) los diputados y senadores que, en los primeros tres años

de la actual legislatura, se han pasado de un partido a otro, de una mayoría a otra, contribuyendo a hacer del gobierno algo parecido a una barca que flota y navega dando palos de ciego, guiada por un capitán que por permanecer firme al mando recluta marineros en cualquier sitio y los obliga, con continuos votos de confianza, siguiendo la ruta de sus predecesores, a mantener el rumbo que él quiere hacia una meta todavía desconocida.

Como ves, no es solo por cuestiones de estilo o de lenguaje por lo que pienso que el pueblo soberano en Italia se siente ya, en gran medida, dessoberanizado respecto a instituciones democráticas en las que ya no confía.

Mientras te escuchaba, a mí, que soy un Genio del libro que no vive encerrado en las bibliotecas, me ha vuelto a la memoria una canción escrita a comienzos de los veinte años berlusconianos por Giorgio Gaber, al que considero un cantante, poeta y filósofo dotado de una extraordinaria capacidad de previsión. Diría, en efecto, que previó mucho antes que tú la transformación de la democracia parlamentaria en democracia recitativa, la llegada de los políticos que dicen «yo me juego la cara» y la alienación del pueblo soberano por parte de «todos aquellos –dice Gaber– que tienen el oficio de la política, que todos los días están ahí para que los vean»: «Pero, claro, nos necesitan, porque debemos apoyarlos, preferirlos, debemos votarlos, en este innoble carrusel, en este gran y libre mercado de las caras. Caras caras... [...] Y vosotros creéis todavía que las ideas siguen teniendo importancia. Pero ¿qué ideas?».

Tienes razón al decir que Gaber había previsto la democracia recitativa. Pero, para no ser acusados de predicar la antipolítica, digamos que no todos los políticos tienen la cara que él describe, ni todos piensan seducir al pueblo soberano diciéndole «yo me juego la cara». Pero el número de estos últimos, ciertamente, no es irrelevante.

De todos modos, y para concluir con el nuevo lenguaje político italiano, me limito a recordarte, querido Genio del libro, y me gustaría recordárselo también a los parlamentarios y a los gobernantes italianos, que cuando declaran que asumen un compromiso ante el pueblo soberano, deberían jugarse no la cara, sino la dignidad, la cultura, la competencia, la honestidad. Y, sobre todo, la fidelidad a la Constitución que han jurado. Y que prescribe que no con «la cara», sino con «disciplina y honor» el ciudadano debe cumplir la función pública que se le ha confiado por parte del pueblo soberano.

[3.](#) En el italiano original *rottame*, que significa también 'chatarra'. (*N. del T.*)

[4.](#) Transatlántico = pasillo del palacio de Montecitorio (sede de la Cámara de Diputados en Roma), donde se reúnen para conversar los políticos. Más adelante se mencionan otras sedes políticas italianas: Quirinal, donde se halla la Presidencia de la República; Palazzo Madama, donde tiene su sede el Senado; Palazzo Chigi, donde está el primer ministro, y el Palazzo della Consulta, donde está la sede del Tribunal Constitucional. (*N. del T.*)

[5.](#) Confcommercio, Confederación General Italiana de las Empresas de las actividades profesionales y por cuenta propia. (*N. del T.*)

7. ¿Es un ídolo el pueblo soberano?

Llegados a este punto de nuestra conversación, propongo que dejemos la actualidad para volver a tus reflexiones sobre el pueblo soberano, porque me parece que tu tesis, según la cual el pueblo no es siempre soberano en democracia, no se refiere solo a las democracias actuales. Pero me tienta hacerte una pregunta provocadora. O mejor, no. Sé que odias las preguntas provocadoras. Te he oído decir que la provocación es la originalidad de los insulsos.

Cuando yo discuto respeto a mi interlocutor. Escucho seriamente lo que dice porque lo considero una expresión de su pensamiento y de sus convicciones. Y espero que él haga lo mismo, conversando con argumentos racionales y sobre hechos reales. En cambio, si se escabulle con alguna salida evasiva o polémica, solo por el gusto de provocar alguna reacción exaltada, entonces no solo pierde respeto por quien conversa con él, sino que pone de manifiesto la sosería del provocador. No querría descubrir ahora que también el Genio del libro es un insulso.

Serénate: no trato de provocarte. Más bien te digo que me parece provocador el título que has dado a nuestro libro. Además, en este sentido, pensando que el libro va a publicarse en la colección que se llama Idòla, se me ocurre preguntarte si esto significa que para ti el pueblo soberano es una especie de ídolo, que podemos incluir entre los idola fori, los idola tribus o los idola theatri de Francis Bacon.

Te contesto rápidamente. Sí, considero que el pueblo soberano es un ídolo.

¿Quieres decir que el pueblo soberano no existe como pueblo real?

Eso es. Existen gobernantes y políticos que hablan y actúan en nombre del pueblo soberano, pero el pueblo soberano no existe. Por otro lado, en nuestras conversaciones anteriores ya hemos visto muchos ejemplos que lo confirman.

Me parece que tienes ganas de bromear. O, en cualquier caso, que estás exagerando. Empezaste declarando que es falso que en democracia el pueblo sea siempre soberano y ahora llegas incluso a negar la existencia del pueblo soberano. ¿Cómo puedes decir que no existe el pueblo, es decir, el titular de la soberanía, que es el origen de todos los poderes en una democracia?

Quiero decir que el pueblo soberano no existe como entidad corpórea físicamente viva y visible. Me explico con algunos ejemplos.

Durante milenios se ha dicho que la soberanía pertenecía al monarca por investidura divina. El rey era, virtualmente, la materialización de la soberanía, que se perpetuaba físicamente a través de su descendencia. El rey encarnaba y ejercía el poder de la soberanía, como persona real, viva y visible, aunque intangible al ser sagrada.

Como encarnación de la soberanía el rey no muere nunca –ha explicado el gran historiador Ernst Kantorowicz–, porque cuando el rey muere parece su cuerpo físico, pero no su «cuerpo místico», en el que se encarna la realeza por la gracia de Dios: «El rey ha muerto, ¡viva el rey!».

Otro ejemplo de soberanía físicamente materializada, digamos así, es la aristocracia que gobernaba en repúblicas como Venecia y en las demás repúblicas de la época medieval o moderna: también en este caso el titular de la soberanía existe físicamente en las personas de la aristocracia, que perpetúan el privilegio de la soberanía en la descendencia de sus familias.

En cambio, la soberanía popular no puede encarnarse en un cuerpo físico, aun cuando Rousseau hablase metafóricamente del «cuerpo del pueblo». Y, aun así, él mismo no supo encontrar una

forma de gobierno capaz de dar un cuerpo político a la voluntad general del pueblo soberano. Rousseau excluía decididamente la democracia representativa, en la que consideraba que el pueblo no era en absoluto soberano. Si «el pueblo delega su soberanía, el pueblo abdica», insistía en 1850 el demócrata Victor Prosper Considérant, porque el pueblo que «no se gobierna ya por sí mismo es gobernado»: «¡Pueblo, delega tu soberanía! Esto hará que tu soberanía sufra una suerte adversa a la de Saturno: tu soberanía será devorada por la delegación, su hija».

Por otro lado, Rousseau consideraba que la democracia directa era irrealizable en un Estado populoso y con un vasto territorio. Pese a esta sensata y realista consideración, la democracia directa es defendida todavía por los demócratas radicales en busca de nuevos instrumentos de la tecnología más moderna para poder llevar a cabo la materialización electrónica del pueblo soberano en los usuarios de la Red. La única experiencia concreta de democracia directa, reconocida en muchas democracias representativas, es el referéndum. Pero cuando este, de una votación sobre cuestiones específicas y particulares, se transforma en una especie de plebiscito sobre un gobierno o un jefe de gobierno, el resultado no suele ser nada democrático y acaba más bien por destruir la democracia, como ocurrió con los dos Napoleones y con Adolf Hitler.

Para terminar, resulta difícil pensar cómo puede encarnarse la soberanía popular en una persona física sin transformar el gobierno del pueblo en el gobierno de un monarca o de un autócrata.

Una solución podría ser aplicar el concepto de los «dos cuerpos del rey» al pueblo soberano, identificando el cuerpo físico con la población viva de los ciudadanos de un Estado y su cuerpo místico con la nación, la nueva individualidad colectiva que se perpetúa en el tiempo más allá de las generaciones transitorias que la componen. Pero nunca se ha oído, ni oiremos probablemente proclamar, ni siquiera en el más democrático de los Estados: «El pueblo ha muerto, ¡viva el pueblo!».

El pueblo soberano sigue siendo «el pueblo inalcanzable», como lo definió el historiador francés Pierre Rosanvallon. En efecto, no puede ser identificado con una persona real sin trasladar a esta persona la soberanía, transformándola de nuevo en soberanía personal, como en la época del rey por derecho divino, pero ya sin la bendición de Dios. Aunque en la historia de los últimos doscientos años, en Europa y en el resto del mundo los jefes de Estado y de régimen que han pretendido encarnar la voluntad popular, ser el cuerpo viviente del pueblo soberano, han sido numerosos: de Napoleón a su sobrino Napoleón III, de Stalin a Mao y a Kim Il-sung, incluyendo a Silvio Berlusconi, por citar unos cuantos.

Pero ¿no se podría identificar simbólicamente al pueblo soberano con el jefe del Estado sin por ello considerarlo su materialización, como han hecho los hombres que acabas de citar?

Se podría, pero no creo que sea factible, ya que el jefe del Estado representa solamente a una de las instituciones del gobierno del pueblo soberano. Por ejemplo, la Constitución italiana lo excluye, declarando que el presidente de la República «representa la unidad nacional», pero no le atribuye la personificación del pueblo soberano.

En las democracias no presidencialistas el jefe del Estado no puede aspirar a ser considerado la encarnación simbólica del pueblo soberano porque no ha sido elegido por el pueblo, mientras que podrían pretenderlo los jefes de Estado de las repúblicas presidencialistas o semipresidencialistas. Pero también estos casos son fuente de controversias y de protestas a veces muy virulentas, porque quien no ha votado por el presidente en el cargo se niega a ver en él la personificación del pueblo soberano, al que pertenece también el votante de la oposición. El general De Gaulle, líder de la Francia Libre contra la Alemania nazi, fundador y presidente de la V República elegido por el pueblo, sentía que la Francia eterna vivía en

él, pero sus adversarios políticos, sobre todo los socialistas y los comunistas, lo acusaban de ser un dictador fascista.

La corporeización de la soberanía popular podría ser atribuida a los miembros del Parlamento y del gobierno elegidos por el pueblo, pero a esto podrían oponerse los gobernantes de las administraciones locales, que también son elegidos por el pueblo soberano.

La referencia al «cuerpo del pueblo» me lleva a preguntarte por qué has dicho que no se puede aplicar también al pueblo soberano la teoría de los «dos cuerpos» que se ha aplicado a la soberanía monárquica.

Efectivamente, un intento de este tipo se hizo en el siglo XIX: en la cultura romántica y en el nacionalismo, el pueblo soberano asumió un cuerpo místico propio, lo mismo que la nación. Como individualidad colectiva orgánica, con un alma propia, un carácter propio, incluso con una misma identidad de sangre.

Demócratas como Giuseppe Mazzini tuvieron una visión del pueblo soberano como un cuerpo místico: «EL PUEBLO; este es nuestro principio: el principio sobre el que debe apoyarse todo el edificio político: el PUEBLO: gran unidad que abraza cada cosa: complejo de todos los derechos, de todas las potencias, de todas las voluntades: árbitro, centro, LEY DE LA VIDA del mundo... LAS REVOLUCIONES HAN DE HACERSE POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO». Pero el propio Mazzini no encontraba en el pueblo real ninguna huella del cuerpo místico del pueblo soberano, y hacía un llamamiento a los jóvenes patriotas para que despertasen al pueblo soberano con su sacrificio.

Una concepción análoga tuvo el historiador de la revolución francesa Jules Michelet. En el prefacio de su libro *El pueblo*, publicado en 1846, declaraba querer «reafirmar contra todos la personalidad del pueblo» identificándolo con la nación, que él define como una «individualización colectiva»; aunque luego él mismo

concretaba, casi esbozando una teoría de los «dos cuerpos del pueblo soberano», que, «en su más elevado concepto», el pueblo «se encuentra raramente en el propio pueblo. En la realidad no se ve al pueblo, sino a una cierta clase, una cierta forma parcial del pueblo, deformada y efímera», mientras que el pueblo

existe en su más elevada verdad solo en el hombre de genio, en él tiene su sede la gran alma [...]. Todos se asombran de ver a las masas inertes vibrar ante su más mínima palabra, a los fragores del océano callar ante su voz, al consenso popular postrarse a sus pies [...]. ¿Por qué asombrarse? Esa voz es la misma voz del pueblo, que, enmudeciendo en este, habla en el genio, y Dios con él. Es en sus palabras donde realmente se puede decir: *Vox populi, vox dei*.

Semejantes visiones del «cuerpo místico» del pueblo soberano suscitaban vivas protestas por parte de otros demócratas. El socialista anarquista Pierre-Joseph Proudhon, meditando sobre el «cuerpo del pueblo», exigía, imperioso, a los revolucionarios demócratas «que me digan dónde está el Pueblo». Aun afirmando que admitía, en principio, «que el Pueblo existe, que sea soberano, que se consolide en la conciencia de las masas», el anarquista añadía: «Nada, hasta ahora, me demuestra que este pueda efectuar un acto de soberanía, que sea posible una revelación externa del Pueblo».

Proudhon se definía a sí mismo como «el hombre menos místico del mundo, el más realista, el más alejado de cualquier fantasía o entusiasmo», por lo que no compartía con Michelet, a quien, pese a todo, tenía afecto y admiraba, la visión mística del pueblo: «La democracia que afirma la soberanía del Pueblo es como la teología arrodillada delante del santo ciborio: ni una ni otra pueden demostrar [la existencia] del Cristo que adoran ni, menos aun, hacerlo evidente». La democracia suponía que el pueblo soberano «pueda ser consultado, que pueda responder y que su voluntad pueda ser aceptada de manera auténtica»; pero ¿cómo era posible realizar esta pretensión?, preguntaba Proudhon a los demócratas: «¿Dónde y cuándo habéis oído al pueblo? ¿A través de qué boca, en qué lengua se expresa? [...] Debéis dejar claro todo

esto, pues de lo contrario vuestro respeto por la soberanía del Pueblo será solo un absurdo fetichismo. Más vale adorar a una piedra».

Tengo la sospecha de que ha sido la lectura de Proudhon la que te ha inducido a proponer tus reflexiones en una colección que se llama Idòla. Pero hasta ahora no has respondido a la pregunta de si tú también consideras que el pueblo soberano es una especie de fetiche de la democracia.

No ha sido Proudhon el que me ha llevado a elegir la colección *Idòla* y a considerar que el pueblo soberano es un ídolo, una especie de entidad sagrada de la política contemporánea: mejor dicho, lo considero uno de los ídolos potentes de la modernidad. Y si no te gusta la palabra «ídolo», utilizaré la palabra «mito». O bien podemos definirlo como la «entidad sagrada» de la religión democrática, la principal religión laica contemporánea, considerando que casi todos los Estados, como vimos al comienzo de nuestra conversación, lo exaltan como depositario y fuente de todo poder, semejante al Dios bíblico, hasta el punto de que casi nadie, hoy, se atreve a negar públicamente su sacralidad.

Pero ¿cómo? Dices que eres un historiador realista y racional, y ahora, en cambio, te dejas llevar por metáforas religiosas. Si quieres que continúe aceptando tus palabras, trata de hacer reflexiones realistas y racionales.

No te alarmes. Cuando digo que el pueblo soberano es un ídolo o un mito o una entidad sagrada, sigo estando en el campo del realismo histórico. Mejor dicho, precisamente porque razono como un historiador, reconozco que el ídolo del pueblo soberano es real, en el sentido de que ha sido y sigue siendo un poderoso impulsor de movimientos políticos que han cambiado radicalmente el mundo en los últimos doscientos años. Durante más de dos siglos, hasta hoy, el mito de la soberanía popular ha impulsado a millones de hombres y

mujeres a luchar para realizar la más grande de las empresas humanas: la construcción de una sociedad basada en la dignidad, en la libertad, en la igualdad civil y política de toda persona, sin discriminaciones de etnia, raza, nacionalidad, sexo, religión, condición social. Por otro lado, si hasta ahora nadie ha podido demostrar la existencia real de Dios, aun así nadie puede negar que la creencia en Dios es un hecho real, al haber sido y ser un poderoso –quizá el más poderoso–, factor de los más revolucionarios movimientos y cambios históricos, desde la aparición de las primeras civilizaciones, en todas las partes del mundo. Y sigue siéndolo todavía hoy para miles de millones de personas en todo el globo. Junto a aquel se sitúa hoy, en la cúspide de las creencias colectivas, el pueblo soberano, que se ha convertido en una creencia igualmente poderosa como factor de movimientos y cambios históricos revolucionarios, aunque no podamos demostrar que exista realmente.

Di lo que quieras, mi querido autor, pero cuando registro en mis páginas frases como estas que acabas de escribir, me parece escuchar el sermón de un predicador. No querría que, llegados aquí, tus posibles lectores, que esperaban de ti reflexiones históricas, decidan no seguir con la lectura, cerrándome, tirándome en algún rincón, y quizá arrepintiéndose de haberme comprado y leído hasta ahora. Para evitar este riesgo, deja el púlpito y vuelve a discutir de forma realista esta última cuestión que te voy a plantear sobre el pueblo soberano. Sea o no un ídolo, tú has afirmado que, de todos modos, ha sido un mito que ha empujado a millones de personas a luchar para asegurar condiciones de libertad y dignidad al mayor número posible de personas. Más allá de esto, ha sido, de todos modos, real, muy real. Aunque hasta ahora no se haya resuelto la cuestión de «cuál es el cuerpo del pueblo soberano», que, en verdad, me parece bastante abstrusa.

Comprendo que la cuestión «cuál es el cuerpo del pueblo soberano» pueda parecer abstrusa. Pero esta ha sido la cuestión dominante en las luchas entabladas por los diferentes movimientos sociales y políticos que querían afirmar la soberanía popular, desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días.

Republicanos, monárquicos, liberales, demócratas, socialistas, comunistas, anarquistas, nacionalistas, marxistas, bolcheviques, populistas se han enfrentado y combatido muchas veces con virulencia, entre revueltas, revoluciones, guerras civiles e incluso guerras entre Estados, para dar un cuerpo vivo y viviente al pueblo soberano. De esta exigencia han nacido los partidos políticos que han organizado a las masas estableciendo como objetivo la conquista del sufragio universal.

Según sus diferentes conceptos del hombre, de la política y de la sociedad, al pueblo soberano se lo identificaba con la burguesía propietaria e intelectual, con la pequeña y media burguesía, con los campesinos, con los obreros industriales, con las clases trabajadoras, con el proletariado, con la etnia o con la raza. O bien con un hombre de genio: la personalización de la política y del poder en las democracias actuales tiene sus raíces, precisamente, en la crucial cuestión de la soberanía popular, que sigue hoy sin estar resuelta: ¿cuál es el cuerpo del pueblo soberano?

Con todo, cada vez que parece que se ha resuelto la cuestión identificando el cuerpo del pueblo soberano con una parte del pueblo real, ya sea minoría o mayoría, el pueblo real quedaba excluido de la materialización del pueblo soberano y, por lo tanto, se veía privado de su parte de soberanía. Con consecuencias frecuentemente trágicas para la población excluida.

También en este caso podríamos servirnos de la analogía con el Dios bíblico, que pueblos, iglesias y movimientos, a menudo violentamente hostiles entre sí, han pretendido y pretenden representar en la realidad, con consecuencias igualmente trágicas para quienes no han compartido sus creencias. Y lo mismo sucede en el islam, como demuestran los trágicos hechos de nuestros días.

La única evolución práctica, que finalmente se ha conquistado tras largas y difíciles luchas libradas por todos aquellos que habían sido excluidos de la materialización del pueblo soberano, ha sido la adopción del sufragio universal para todos los ciudadanos, sin discriminación de sexo, raza, condición social, instrucción o fe religiosa. Después de todo, la alocución «el cuerpo electoral» parece evocar, precisamente, la materialización del pueblo soberano en las personas de los electores, al menos en el momento del voto.

El acto de las elecciones con sufragio universal sería como la consagración de la eucaristía, el momento en que se produce la transustanciación del cuerpo físico de los votantes en el cuerpo místico del pueblo soberano.

Sea como sea, la materialización a través del sufragio universal se ha producido solamente en tiempos bastante recientes, aun en los países en los que la conquista de la soberanía popular es más antigua, como Estados Unidos y Francia, donde, como hemos visto, muchos de los promotores de la soberanía popular no se mostraban en absoluto bien dispuestos a identificar al pueblo soberano con toda la población de los ciudadanos sin discriminación por sexo y condición social. Y, en tiempos aún más recientes, como vimos en la conversación anterior, estamos asistiendo a la dessoberanización del pueblo soberano, que cada vez participa menos en el ejercicio de su soberanía, que siente expropiada por los mismos gobernantes que hoy sigue eligiendo. Es, este, otro «oxímoron de la democracia»: es la democracia recitativa en la que gobiernan los representantes de un «*demos* ausente».

8. ¿Puede extinguirse el gobierno del pueblo soberano?

Dejando a un lado al ídolo del pueblo soberano, ¿piensas que pueda extinguirse la democracia, que, pese a sus defectos y males, ha sido beneficiosa para millones de seres humanos, como tú mismo reconoces? ¿Le podrá suceder a la democracia lo que le sucedió al Imperio romano, al Sacro Romano Imperio, a las ciudades comunales italianas, a las repúblicas aristocráticas de los Países Bajos y de Venecia?

No sé si esto le sucederá a la democracia. Lo que sí sé es que en los aproximadamente diez milenios de civilización humana, las experiencias de gobierno del pueblo soberano históricamente conocidas no superan un período de medio milenio, excluyendo todas las experiencias de elecciones de jefes en las más diversas civilizaciones tribales en todos los continentes. La democracia histórica, en el sentido en que la hemos discutido en nuestra conversación, comienza en la antigua Grecia. Hemos llegado a la conclusión, por lo que conviene que recorramos a vuelo de pájaro la historia de la democracia que hemos evocado hasta ahora.

La democracia, en la antigua Grecia, duró poco más de dos siglos. Un poco más de tiempo duró la soberanía del pueblo romano en el período de la república. Luego, durante casi dos mil años, la democracia desapareció de la política, incluso como palabra, salvo alguna aparición en los libros de los filósofos.

La democracia reapareció a lo largo del siglo XVIII, cuando, casi de repente, el adjetivo «democrático» entró en circulación para definir los movimientos de revuelta contra la milenaria e inmutable jerarquía de los órdenes y de los privilegios hereditarios, que

reventaron a finales de siglo en la Revolución norteamericana y en la Revolución francesa.

Luego han sido necesarios otros doscientos años de luchas, revoluciones, guerras, e incluso dos guerras mundiales y muchos millones de muertos, antes de llegar, con las Naciones Unidas, a la celebración de la soberanía popular en la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*.

La democracia, tal como hoy la conocemos, es, pues, una criatura bastante joven. Su matriz está en la Revolución norteamericana y en la francesa, mientras que, excepto el nombre, no hay raíces de la democracia moderna que se hundan directamente en la democracia antigua.

Aparte del nombre, según tú, ¿no hay ninguna conexión entre la democracia de los antiguos y la democracia de los modernos?

No querría ser tan categórico, negando toda conexión. Por otro lado, lo que se piensa hoy sobre la democracia y el pueblo soberano es, con frecuencia, el desarrollo del pensamiento de los griegos. De todas maneras, hay muchas diferencias entre la democracia de nuestra época y la de Atenas, que es la más célebre de las democracias antiguas.

La democracia griega era una democracia directa. El pueblo soberano estaba formado solo por los ciudadanos varones adultos, que gobernaban participando en la asamblea; los gobernantes eran elegidos por sorteo, mientras que en el mundo moderno predomina la democracia representativa, en la que el pueblo elige por medio de elecciones a sus propios representantes, a los que confía el gobierno. En la democracia ateniense las mujeres, los esclavos y los extranjeros eran excluidos del pueblo soberano. En las democracias actuales ya no hay, legalmente, esclavos, los extranjeros pueden convertirse en ciudadanos bajo determinadas condiciones previstas por la ley y las mujeres tienen derecho al voto, pueden elegir y ser elegidas.

Lo que los antiguos griegos han pensado de la democracia antes de la era cristiana, como constitución del pueblo que se gobierna a sí mismo, es, de todos modos, el núcleo de casi todas las reflexiones sobre la democracia que se han expresado en los siguientes dos mil quinientos años. Aun hoy, muchos libros sobre la democracia y sobre el pueblo soberano comienzan citando las reflexiones de los antiguos griegos sobre el tema.

Entonces ¿crees que la historia se repite? ¿Cómo es posible que el pensamiento de los antiguos griegos sobre la democracia de hace más de dos mil años tenga todavía un valor para la democracia actual?

Como historiador me he convencido de que la historia no se repite. Sin embargo, pienso que los antiguos griegos se enfrentaron a fenómenos de la política, como el poder, el gobierno y la vida en común de los seres humanos, que, aun en contextos completamente diferentes y en épocas lejanas de la historia, son semejantes a los fenómenos de la política en las democracias actuales; por otra parte, muchos problemas de las democracias actuales son semejantes a los de la democracia antigua que agitaron al pensamiento de los griegos.

Y ¿cuáles serían los problemas de la democracia actual que tú consideras semejantes a los de la democracia antigua?

Por lo pronto, es oportuno empezar diciendo que casi todas las palabras que usamos para discutir sobre el pueblo soberano derivan de la antigua Grecia: democracia, aristocracia, oligarquía, demagogia, tiranía. Estas palabras indican hechos y problemas. Y los muchos problemas de la antigua democracia griega son los mismos que se plantean en las democracias de hoy día. Por ejemplo:

–¿Es posible que el pueblo pueda gobernarse a sí mismo?

–¿Cómo puede el poder del pueblo soberano ser ejercido realmente por el pueblo?

–¿El pueblo elige siempre a los mejores cuando elige a sus gobernantes?

–¿Los gobernantes elegidos por el pueblo gobiernan respetando la voluntad popular por el bien común o persiguen sus propios intereses?

–¿Cómo evitar que los gobernantes escogidos por el pueblo usen el poder para convertirse en una oligarquía e instaurar una autocracia enmascarada por la demagogia?

–¿Es necesario concentrar el poder en manos de un líder para asegurar al país una gobernabilidad rápida y eficaz en una democracia?

–¿Cómo evitar que el pueblo confíe el poder a un líder solo porque lo ha seducido adulándolo, haciéndole bonitas promesas y asegurándole un futuro radiante?

Estas son, pues, las preguntas que suscitó la democracia en los antiguos griegos. Son las mismas preguntas que hoy se plantean muchos estudiosos y ciudadanos corrientes, que observan el malestar de las democracias contemporáneas pero piensan que la democracia es hoy por hoy el sistema político que puede ofrecer al mayor número de seres humanos las condiciones para desarrollar su propia personalidad con dignidad y en libertad.

De todos modos, en nuestra conversación no hemos discutido este problema ni hemos intentado responder a estas preguntas que, por otra parte, has querido formular solo ahora: ¿quizá, precisamente, para evitar tener que contestar?

No he evitado responderlas, pero las respuestas a estos problemas, al igual que las preguntas mismas, no eran mi propósito cuando hemos empezado la conversación, que, si queremos ser fieles al título, tiene que ver exclusivamente con la afirmación de que en democracia el pueblo es siempre soberano. Mi respuesta es que esta afirmación es falsa, y he tratado de explicar los motivos tomando ejemplos de la historia de las democracias a partir de las dos

grandes revoluciones, que fueron las primeras en proclamar la soberanía popular al comienzo de la época contemporánea. Luego he llamado la atención sobre el estado de salud de las democracias en el mundo de hoy, donde ha ocurrido que, en el momento mismo en que muchos demócratas saludaban la victoria de la democracia, las democracias mostraban evidentes síntomas de una enfermedad que, según algunos, podría provocar su fin.

El futuro es imprevisible, pero aun así siempre se puede formular alguna previsión observando algunos fenómenos que ya están en curso, como los constatados por otros estudiosos que hablan de posdemocracia o de democracia no liberal. Fenómenos que están produciendo, en el interior mismo de las democracias actuales, una mutación sustancial hacia una acentuada reducción del papel del pueblo soberano al de mera comparsa en una democracia recitativa, en la que la verdadera soberanía, el poder, se concentrará en las manos de gobernantes y de potentados que tan solo pedirán al pueblo soberano que participe, con el rito de las elecciones, en la aprobación de sus decisiones.

Los estudiosos insisten mucho en la necesidad de distinguir entre la democracia como ideal y la democracia como experiencia de gobierno concreta, pero cualquier democracia real debería estar animada por un ideal de democracia que oriente y guíe a gobernados y gobernantes hacia una cada vez mejor actuación de la soberanía popular en una comunidad de ciudadanos libres e iguales ante la ley, todos y cada uno con la misma dignidad y en condiciones de poder realizar su propia personalidad.

Como siempre en todas las experiencias humanas, si por un lado la comparación entre la realidad y el ideal suscita la tensión necesaria para ir más allá, hacia lo mejor, por el otro genera insatisfacción, descontento, protesta, porque lo mejor resulta siempre pospuesto para el futuro. De aquí deriva que las democracias reales padezcan una perenne incoherencia entre los principios e ideales que profesan en nombre del pueblo soberano y

las condiciones reales en las que se desarrolla la existencia de las personas que lo forman.

A diferencia de las autocracias de todo tipo –desde las monarquías por derecho divino hasta los recientes regímenes totalitarios–, que se imponen con la brutal coherencia de su poder de dominio, con la realidad de la fuerza y de la violencia, las democracias se nos aparecen todas incoherentes al compararlas con la realidad y el ideal. De esta contradicción constante emerge un aspecto de las democracias que suelen señalar con el dedo los enemigos de la democracia como su principal defecto: la falsedad de sus promesas o la impotencia para mantenerlas.

¿Y tú piensas que este defecto se halla presente realmente en las democracias o es una falsa acusación de sus enemigos?

En realidad, como hemos visto por los ejemplos de la Revolución norteamericana y de la Revolución francesa, en su concreción histórica la democracia se ha visto acompañada, al mismo tiempo, por el halo del ideal y la sombra de la hipocresía. La hipocresía de aquellos, por ejemplo, como los artífices de los Estados Unidos, que proclaman en nombre del pueblo soberano la igualdad de todos los seres humanos al estar dotados de derechos inalienables otorgados a ellos por el común Creador mientras, al mismo tiempo, son dueños de esclavos, niegan a las mujeres los derechos reconocidos a los hombres y desencadenan guerras de conquista y de exterminio contra poblaciones a las que se considera de raza inferior.

El conflicto entre el halo del ideal y la sombra de la hipocresía está presente en toda la historia de la democracia, pero lo está sobre todo en el mundo actual, donde por primera vez en la historia humana casi todos los pueblos organizados en Estados independientes y soberanos son miembros de una única organización internacional que profesa los principios, los valores, los ideales y las metas de la soberanía popular. La realidad, como hemos visto, está muy lejos de la imagen que las Naciones Unidas dan de sí

mismas en sus buenas palabras y en sus buenas intenciones. También la realidad de los Estados democráticos demuestra cómo a la democracia representativa va sustituyéndola gradualmente una democracia recitativa en la que los gobernantes expropian al pueblo de su soberanía en el momento mismo en que proclaman ser sus más genuinos y devotos representantes.

¿Estás diciendo que la democracia recitativa es una dictadura enmascarada, una oligarquía que expulsa al pueblo de la participación en la elección de sus propios gobernantes, en el control de sus acciones, en la valoración de sus decisiones y, finalmente, en el juicio sobre el resultado de su política?

No me es posible prever cómo evolucionará concretamente la democracia recitativa. Al ser esencialmente un fenómeno que deriva de la personalización de la política y del poder, de la influencia cada vez más opresiva, aunque indirecta y a veces oculta, de los grandes potentados económicos y financieros internos e internacionales sobre las decisiones de los gobernantes, de la cada vez más frecuente identificación de los propios exponentes de estos potentados con las personas de los gobernantes, hay que ser cautos al hacer previsiones porque mucho dependerá de las personas mismas que actúen para sustraer al pueblo cualquier residuo de su soberanía. En la historia de las democracias, los líderes han tenido un papel importante y a veces decisivo en la propia salvación de la democracia: pienso en Lincoln, en Roosevelt o en un De Gaulle más que en un Putin o en un Erdoğan. Pero al final, mientras los líderes sean elegidos por los gobernados, dependerá de los electores querer continuar siendo soberanos protagonistas de una democracia representativa o bien quedar reducidos a ser comparsas en una democracia recitativa.

Lo que podemos constatar hoy, al asistir a la génesis de la democracia recitativa, tiene que ver precisamente con el pueblo soberano, con su actitud hacia la política y el poder, hacia los

gobernantes y sus comportamientos y hacia las instituciones democráticas mismas a través de las cuales puede expresarse y ejercer su soberanía. Me refiero no solo al instrumento más evidente e inmediato de ejercicio de la soberanía, es decir, las elecciones, sino también a las organizaciones, especialmente los partidos, con las cuales ha venido concretándose la expresión de la soberanía popular en la activa participación de la lucha política. A esto podemos añadir, como expresión de la voluntad popular, el consenso que otorgan los ciudadanos a las instituciones que representan al Estado democrático: el Parlamento, el gobierno, la magistratura, el jefe del Estado.

Ahora bien, todas las informaciones de las que disponemos sobre la implicación del pueblo soberano en las organizaciones y en las instituciones en las que se debería ejercer su soberanía documentan un progresivo y acentuado descenso del pueblo soberano hacia una condición que lo sitúa cada vez más lejos de la política, ausente en las elecciones, hostil a los gobernantes, despectivo o indiferente hacia los partidos, desilusionado y desanimado con respecto a las instituciones fundamentales del Estado democrático. En otras palabras, es el pueblo el que es consciente de que no es soberano. E incluso parece que quiere resignarse a no serlo nunca más.

9. Un amigo de la democracia

Empezaste diciendo que muchos han escrito sobre la crisis de la democracia. ¿Por qué ahora has querido ocupar mis blancas páginas con otras palabras sobre este tema? Hasta ahora has escrito solo libros de historia sobre situaciones dramáticas o trágicas. Ya tienes setenta años, y habría sido mejor que hubieses escrito una novela o al menos una narración con final feliz.

Ya lo había hecho, mi querido Genio del libro, pero carezco de imaginación creativa. Por eso prefiero estudiar la realidad humana como es, no como debería ser, ayudándome con la lección de los antiguos y la experiencia del presente.

Llegados al final de nuestra conversación, todavía no he entendido si te gusta o no la democracia. Dices que no tienes prejuicios, pero ¿acaso las simpatías no son un prejuicio? Y sé que te resultan simpáticos Aristóteles, Nicolás Maquiavelo, Alexis de Tocqueville, Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto, Roberto Michels, Benedetto Croce. Tienes sus libros bien a la vista en los estantes de tu biblioteca. Y ellos mismos me cuentan que los molestas con frecuencia para consultarlos o releerlos, ensañándote con tu lápiz sobre sus páginas, ya llenas de cicatrices de las anteriores lecturas.

Admito haber visitado a estos pensadores desde mi juventud, y que los visito todavía cuando quiero reflexionar sobre los acontecimientos que ocurren en el mundo en el que vivo. Quizá tienes razón: les tengo simpatía, porque me han ayudado a liberarme de muchas ilusiones sobre los seres humanos y sobre la política, que desde muy joven concebí como una actividad para el bien común, impulsada y guiada por la razón.

Pero no puedes negar que no eran partidarios de la democracia. Antes bien, algunos de ellos niegan incluso que la democracia sea posible en la realidad porque el pueblo no es ni será nunca realmente soberano. En una democracia, como en cualquier régimen político –han escrito–, los gobernantes son siempre una minoría, una oligarquía, que impondrá su poder sobre los gobernados.

Sin duda, los autores que has citado no amaban la democracia. Pero te quedarás asombrado si te digo que precisamente tras la lectura de sus críticas a la democracia me he hecho amigo de ella. Ellos me han enseñado a observar con realismo la democracia y el pueblo soberano, y a través del conocimiento de los defectos del pueblo soberano y de las falsedades de la democracia he aprendido a apreciar las cualidades de uno y de otra, que considero inestimables en comparación con todos los demás regímenes políticos.

Además, si miras bien en los estantes que tengo detrás de mí, también están bien a la vista libros de otros pensadores, como John Stuart Mill, Hans Kelsen, Raymond Aron, Karl Popper, Juan José Linz, Robert Alan Dahl y muchos otros, que no son nada sospechosos de antipatía por la democracia. También ellos me han hecho ser amigo de la democracia.

¿Dices que eres amigo de la democracia? ¿Y qué quiere decir? ¿Acaso no amas la democracia?

Mi querido Genio del libro, haces realmente preguntas librescas. ¿Qué quiere decir amar la democracia? Se puede amar a una persona, a personas individuales, a muchas personas, si quieres incluso a todas las personas que conozcas en el mundo, pero no se ama un sistema político, que no es una persona, sino la organización y el gobierno de las personas.

La política es la lucha por el poder y por el gobierno de los seres humanos, a los que no siempre los mueve el amor recíproco. Y raras veces se ha visto que el amor al prójimo sea el primer motor de la política, del poder, del gobierno de los hombres. Más bien son el

amor a uno mismo y la ambición personal los que empujan al ser humano a la lucha por el poder, aunque el ambicioso proclama que lo mueve tan solo el amor por el pueblo, por el bien del pueblo, para servir al pueblo.

Ahora me parece que estás hablando como un sofista. ¿Qué quiere decir que eres amigo de la democracia pero que no la amas? ¿No es, acaso, la amistad una forma de amor y el amor una forma de amistad? Si eres amigo de la democracia, para mí quiere decir que la amas. Si no la amas, pero te declaras amigo suyo, eres un sofista que juega con las palabras.

¡Qué sutileza de argumentación! Pero quizá no hayas dicho más que una banalidad. De todos modos, respondo que me defino como amigo y no como amante de la democracia porque quien ama ve casi siempre en la persona amada solo belleza y virtud, ignora los defectos o los acepta tratando de ignorarlos y canta en público sus alabanzas aun cuando no se las merezca. En cambio, quien es amigo de una persona la quiere aunque no piense que sea la más guapa del mundo; aprecia sus buenas cualidades, pero reconoce también sus defectos y no los acepta. Y si considera que estos defectos pueden ser nocivos para la persona amiga o pueden inducirla a comportamientos nocivos para ella y para los demás, el amigo le habla francamente y la critica, incluso severamente. Es en este sentido en el que me considero amigo de la democracia.

Pero entonces, ¿por qué no te defines simplemente demócrata?

Porque el demócrata puede ser un fanático, poseído, como todos los fanáticos, por la convicción de que la democracia es el mejor régimen entre los distintos regímenes políticos y que pretende que todos se conviertan en demócratas como él, aun obligándolos por la fuerza. O bien puede ser un racionalista sin realismo, que no distingue el ideal de la realidad, por lo que estima posible llevar a

cabo de forma integral su ideal de democracia, también a costa de imponerlo por la fuerza.

¿Podrías poner un ejemplo de un demócrata fanático que te haya llevado a negarte a definirte como demócrata?

Un demócrata fanático fue Robespierre, que pretendió imponer la democracia con el Terror, cortando cabezas.

Otras veces, en cambio, el demócrata fanático se porta como Don Quijote de la Mancha, cuando quería obligar a todos los que iba encontrando a que alabasen a la señora de su corazón, Dulcinea del Toboso, «ápice de toda belleza, fin y vértice de sabiduría, sagrario de la mejor gracia, cofre de toda virtud y, en síntesis, símbolo de todo lo que hay de bueno, honesto y útil en el mundo».

Además, prefiero definirme amigo de la democracia y no simplemente demócrata porque con frecuencia, y sobre todo en nuestros tiempos, quien se define demócrata, mejor dicho, quien hace ostentación de ello, en realidad es un hipócrita de la peor especie, cuando con su hipocresía se lucra con el bien público tras haber conquistado un escaño en el Parlamento o una poltrona en el gobierno.

La hipocresía es, quizá, uno de los más graves defectos de muchos gobernantes, que se proclaman demócratas mientras actúan sin el menor respeto por la voluntad del pueblo soberano, poniendo manos a la obra por su propio interés más que comprometerse en perseguir el bien común.

Cuando una democracia es deficiente porque el pueblo se siente alejado de la clase política y de la política, no basta con cambiar la Constitución y las instituciones parlamentarias para hacerla eficiente. Mucho más que la autocracia, la salud de la democracia depende de la calidad de las personas que eligen a los gobernantes, y, sobre todo, de las personas que gobiernan.

Para la salud de la democracia, la virtud y la dignidad de los gobernantes, su convencida adhesión y el respeto de la soberanía

popular son una base mucho más sólida que las formas institucionales con las que ejercen el poder que les ha delegado el pueblo soberano. El escéptico Schumpeter advirtió que la primera condición fundamental para el funcionamiento de una democracia representativa no deficiente «es que el material humano –el personal de las máquinas políticas que, una vez elegido el parlamento, sube desde aquí a funciones de gobierno– sea de calidad suficientemente elevada [...], dotado de capacidades intelectuales y morales adecuadas».

Los defectos que acompañan a la hipocresía generan con frecuencia la corrupción de la clase política y alimentan la desconfianza de los ciudadanos hacia los gobernantes y hacia las propias instituciones democráticas, desde el Estado parlamentario hasta los partidos.

Los Estados que se proclaman basados en la soberanía popular alcanzan el máximo grado de hipocresía cuando los gobernantes elegidos por el pueblo soberano desmienten internamente en la práctica los principios que proclaman en sus constituciones, o bien cuando en el exterior fomentan y apoyan a regímenes antidemocráticos en otros países con el pretexto de defender la libertad en el mundo.

No empieces a hacer el moralista o el populista. Por otro lado, precisamente en tu libro Il capo e la folla no describes a Robespierre como un hipócrita, sino como un sincero asertor y defensor de la soberanía del pueblo. Es cierto que transformó la democracia en gobierno del Terror, pero él no representa a todos los demócratas y no todos los demócratas han sido o son fanáticos y terroristas. La mayoría de los demócratas odia la violencia, sostiene y practica la paz y la tolerancia. ¿Acaso no es verdad que, como dicen muchos, solo en democracia la lucha política es una competición sin armas por la elección de los gobernantes, y los gobernantes respetan la voluntad de los gobernados, que tienen el poder incuestionable de elegirlos y revocarlos?

¿Acaso no es verdad, como dicen muchos, que los Estados democráticos no se declaran la guerra entre ellos y la repudian como medio de solucionar los conflictos internacionales, y si van a la guerra es porque se ven obligados a hacerlo para reaccionar ante la agresión o la amenaza de agresión por parte de un enemigo de la democracia?

iCuántas preguntas, todas juntas! Trataré de responder a todas ellas, aunque deberé ser, por fuerza, muy sintético por la limitación de páginas que has puesto a mi disposición.

Me detengo sobre la presunta naturaleza pacífica de la democracia. Pues bien, hay muchos factores históricos que lo desmienten. Te pongo algunos ejemplos muy elocuentes.

La más famosa democracia griega, la ateniense, era belicosa e imperialista. Tal como lo ha sido, en tiempos más recientes, la Francia democrática revolucionaria y, de nuevo, posteriormente, cuando se transformó, después de 1870, en una república democrática. Conquistadoras e imperialistas han sido también la democracia de los Estados Unidos y la británica. Y en 1898 faltó poco para que estallase una guerra entre la democrática Francia y la democrática Gran Bretaña por la rivalidad imperialista.

Considera, además, que casi todas las democracias, desde los tiempos de la antigua Grecia hasta nuestros días, fueron fruto de una guerra civil, como sucedió en Estados Unidos y en Francia, o bien de una guerra entre Estados, o resultado de un conflicto, como ocurrió después de la Gran Guerra con el nacimiento de nuevas repúblicas parlamentarias en Europa oriental, en Austria y en Alemania. O bien han nacido como consecuencia de una guerra y por imposición del vencedor al pueblo vencido, como sucedió con Alemania, Italia y Japón tras la Segunda Guerra Mundial.

En fin, todas las conquistas del pueblo soberano a lo largo de los últimos doscientos años han sido casi siempre el resultado de luchas largas y con frecuencia violentas: asonadas, revueltas, revoluciones. También la conquista del sufragio universal para todos los

ciudadanos sin discriminación de sexo, religión y condición social ha sido, con frecuencia, el efecto no previsto de guerras sangrientas. En Italia el sufragio universal masculino fue consecuencia de la Gran Guerra. Solo después de la primera y segunda guerras mundiales las mujeres obtuvieron el derecho al voto en Gran Bretaña, Francia e Italia.

Pero ¿acaso no es cierto que en el siglo xx no ha habido ninguna guerra librada por un Estado democrático contra otro Estado democrático, mientras que ha habido dos guerras mundiales entre Estados democráticos y Estados antidemocráticos? Y las democracias vencieron. Y vencieron también en la Guerra Fría contra el totalitarismo soviético. Los enemigos de la soberanía popular han sido numerosos y formidables en el siglo xix y en el xx, pero todos fueron derrotados y casi han desaparecido.

Es cierto que no ha habido guerras entre los Estados democráticos en el último siglo. Y es verdad que hoy en el mundo se ensalza en todas partes al pueblo soberano. Precisamente este himno universal a la democracia me produce bastante desconfianza, y me induce a insistir en que prefiero definirme como amigo de la democracia más que como demócrata.

Como amigo de la democracia no considero que esté siempre toda llena de buenas y hermosas virtudes. Por el contrario, reconozco que, en la realidad de sus actuaciones, la democracia tiene muchos defectos, contradicciones, malformaciones y, sobre todo, hipocresías.

A lo largo de todo el siglo xix y la mitad del xx, los Estados liberales europeos, que reconocían la soberanía popular, negaron a la mayoría del pueblo, es decir, a las clases trabajadoras, a las mujeres, a los siervos, el derecho a participar en la elección de los gobernantes.

Pero, al mismo tiempo, sigo estando convencido, al conocer la historia y por la experiencia del presente, de que la democracia es el

único régimen existente hasta el momento que puede corregir sus defectos y, por tanto, mejorar. Esto ya ha ocurrido en las experiencias democráticas del pasado. Y puede ocurrir todavía en las democracias del presente.

Podemos declarar falsa la afirmación que sostiene que en democracia el pueblo es siempre soberano, y considerar al pueblo soberano un mito o un ídolo. Pero la democracia parlamentaria instituida en nombre del pueblo soberano es una realidad que hasta ahora ha demostrado ser la forma de gobierno que ha permitido a un número cada vez mayor de gobernados convertirse en ciudadanos y participar pacíficamente en la elección de sus propios gobernantes.

Como observó en 1952 el historiador Gaetano Salvemini, una democracia perfecta «no ha existido nunca en ningún país de este mundo. La democracia ha sido y será en todas partes y siempre algo imperfecto, que siempre debe perfeccionarse». Sin embargo, podemos añadir que una democracia que no tienda constantemente a perfeccionarse, tratando de adecuar la realidad al ideal, está destinada a resbalar por la pendiente de una creciente imperfección hasta convertirse en una democracia recitativa.

Ser amigo de la democracia significa, ante todo, llamar la atención sobre los defectos y las imperfecciones de la democracia real cuando se corre el riesgo de apartar al pueblo real del ejercicio de la soberanía, confinándolo al papel marginal de comparsa.

Por ello he querido mostrar cómo el pueblo soberano es celebrado en la retórica mientras el pueblo real se siente privado de su soberanía. Lo he hecho con la esperanza de contribuir, aun modestamente, a la mejora de la democracia, pero sin hacerme ilusiones de que pueda acabar siendo completamente virtuosa.

¿No estarás pensando en ser candidato a un escaño en el Parlamento o en alguna administración local, obviamente con la sincera intención de contribuir al bienestar del pueblo soberano?

No tengo ambiciones políticas. Como amigo de la democracia, tengo un ideal de ella que me gustaría que se hiciese realidad. Pero observando la democracia en sus experiencias reales pienso que no andaba errado Winston Churchill cuando dijo a sus conciudadanos en 1947: «Muchas formas de gobierno han sido probadas y se probarán en este mundo de pecado y de dolor. Nadie pretende que la democracia sea perfecta u omnisciente. De hecho, se ha dicho que la democracia es la peor forma de gobierno, con la excepción de todas las otras que se han probado a lo largo del tiempo».

Ya he oído esta definición y confieso que me parece banal y hasta demasiado citada. Mejor dicho, me parece una definición de demócrata hipócrita, que no cree realmente en la democracia sino que se sirve de ella para sus ambiciones, sin ni siquiera tratar de ocultar su desprecio por el pueblo soberano.

Es verdad: a Churchill no le gustaba la democracia. Pero fue un gran amigo de ella, y luchó por salvarla en su país y en el resto de Europa de un enemigo despiadado que quería aniquilarla. Al final, Churchill y la democracia vencieron. E inmediatamente después de la victoria, democráticamente, la mayoría de los electores británicos enviaron de vuelta a casa al salvador de su democracia. A aquellos que acusaban a los británicos de ingratitud Churchill les replicó: «Esta es la democracia por la que hemos combatido».

Me parece que has idealizado a Churchill como modelo de estadista demócrata aun no siendo un demócrata. Quizá luchó para salvar a la democracia, pero en realidad lo que quería era salvar al Imperio británico, que no era ciertamente un gobierno democrático para los indígenas de las colonias sometidas a su dominio. Me parece que tu Churchill es un caso mal elegido para convencerme de que se puede ser amigo de la democracia sin amarla.

Nada de idealización. Me atengo a los hechos. Y si Churchill te parece un ejemplo mal elegido, te propongo el de un estadista que

desde joven amaba a la democracia e hizo una guerra civil para salvarla. Hablo de Abraham Lincoln, que, inmediatamente después de ser elegido presidente de los Estados Unidos, tuvo que hacer frente a la secesión de los Estados del Sur y empezar una guerra civil entre ciudadanos que aceptaban la misma Constitución democrática y creían en el mismo Dios pero tenían un concepto opuesto sobre la igualdad de los seres humanos.

Pero Lincoln fue acusado de ser un dictador porque puso bajo sus botas la Constitución durante la guerra civil.

Es verdad. Pero lo hizo no para destruir sino para salvar la «república constitucional o democracia, un gobierno del pueblo por parte del propio pueblo», como él mismo la definió el 4 de julio de 1861, al comienzo de la guerra civil que habría podido arrasar el experimento democrático que había comenzado en los Estados Unidos ochenta y cinco años antes. La democracia, dijo el 1 de diciembre de 1862, es «la última, la mejor esperanza de la tierra», basada en la «libertad para todos, que abre el camino a todos, que da esperanzas a todos y por consiguiente iniciativa e industriosisdad a todos». Y el 18 de noviembre de 1863, dos años antes de ser asesinado tras haber ganado la guerra y liberado a los esclavos, Lincoln insistió en su dedicación a la causa de la libertad, pronosticando que «el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá de la tierra».

Esto es lo que significa para mí ser amigo de la democracia.

Para saber más

- ARON, R., (ed.), *La democrazia alla prova del xx secolo*, Il Mulino, Bologna, 1960.
- BOBBIO, N., *Il futuro della democrazia*, Einaudi, Turín, 1995 [*El futuro de la democracia*, FCE, México, 2010].
- BONAIUTI, G., RUOCCO, G. y SCUCCIMARRA, L. (eds.), *Il governo del popolo*, 2 vols., Viella, Roma, 2014.
- BOTTOMORE, T. B., *Elite e società*, Il Saggiatore, Milán, 1967 [*Elites y sociedad*, Talasa, Madrid, 1995].
- CALISE, M., *La democrazia del leader*, Laterza, RomaBari, 2016.
- CAMPUS, D., *Lo stile del leader. Decidere e comunicare nelle democrazie contemporanee*, Il Mulino, Bologna, 2016.
- CANFORA, L., *La democrazia. Storia di un'ideologia*, Laterza, RomaBari, 2004 [*La democracia. Historia de una ideología*, Crítica, Barcelona, 2004].
- CERI, P., *Gli italiani spiegati da Berlusconi*, Laterza, RomaBari, 2011.
- COLARIZI, S. y GERVASONI, M., *La tela di Penelope. Storia della Seconda Repubblica*, Laterza, RomaBari, 2012.
- CRAPIS, G., *Ha vinto la TV. Sessant'anni di politica e televisione da De Gasperi a Grillo (1954-2014)*, Imprimatur, Reggio Emilia, 2014.
- CROUCH, C., *Postdemocrazia*, Laterza, RomaBari, 2003 [*Posdemocracia*, Taurus, Madrid, 2004].
- CROZIER, M. J., HUNTINGTON, S. P. y WATANUKI, J., *La crisi della democrazia*, Franco Angeli, Milán, 1977.
- DAHL, R., *Sulla democrazia*, Laterza, RomaBari, 2002 [*La democracia*, Ariel, Barcelona, 2012].
- DAHRENDORF, R., *Dopo la democrazia*, Laterza, RomaBari, 2003 [*Después de la democracia*, Crítica, Barcelona, 2002].
- DUNN, J., *Il mito degli uguali. La lunga storia della democrazia*, EgeaUniversità Bocconi, Milán, 2006.

- EISENSTADT, S. N., *Paradossi della democrazia. Verso democrazie illiberali?*, Il Mulino, Bologna, 2002.
- FASSÒ, G., *La democrazia in Grecia*, Il Mulino, Bologna, 1959.
- FIMIANI, E., (ed.), *Vox Populi. Pratiche plebiscitarie in Francia Italia Germania (secoli XVIII XX)*, Clueb, Bologna, 2010.
- FINLEY, M. I., *La democrazia degli antichi e dei moderni*, Laterza, RomaBari, 1973 [*Vieja y nueva democracia*, Ariel, Barcelona, 1979].
- Freedom House, *Freedom in the World*, www.freedomhouse.org.
- FUKUYAMA, F., *La fine della storia e l'ultimo uomo*, Rizzoli, Milán, 1996 [*El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992].
- FULLER, R., *Beats and Gods. How Democracy Changed Its Meaning and Lost Its Purpose*, Zed Books, Londres, 2015.
- FURET, F., *Il secolo della rivoluzione 1770-1880*, Rizzoli, Milán, 1989.
- GALASSO, G., *Liberalismo e democrazia*, Salerno, Roma, 2013.
- GALLI, C., *Il disagio della democrazia*, Einaudi, Turín, 2011 [*El malestar de la democracia*, FCE, Buenos Aires, 2013].
- GENTILE, E., *Il capo e la folla*, Laterza, RomaBari, 2016 [*el líder y la masa. La génesis de la democracia recitativa*, Buenos Aires, Edhasa, 2017].
- GENTILE, E., *Né Stato né Nazione. Italiani senza meta*, Laterza, RomaBari, 2013.
- GRASSI, D., *Le nuove democrazie. I processi di democratizzazione dopo la caduta del Muro di Berlino*, Il Mulino, Bologna, 2008.
- HADENIUS, A. (ed.), *Democracy's Victory, Nobel Symposium No. 93*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- HERMENS, F. A., *La democrazia rappresentativa*, Vallecchi, Florencia, 1968.
- HERMET, G., *L'hiver de la démocratie ou le nouveau régime*, Armand Colin, París, 2007.
- HUNTINGTON, S. P., *La terza ondata. I processi di democratizzazione alla fine del XX secolo*, Il Mulino, Bologna, 1995 [*La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 1994].
- INCORVATI, G. y MARCELLI, F. (ed.), *Crisi della democrazia e crisi dei partiti in Italia e nel mondo*, Aracne, Roma, 2010.

- ISAKHAN, A. y SLAUGHTER, S. (ed.), *Democracy and Crisis. Democratising Governance in the TwentyFirst Century*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2014.
- ISSACHAROFF, S., *Fragile Democracies. Contested Power in the Era of Constitutional Courts*, Cambridge University Press, Nueva York, 2015.
- KANE, J. y PATAPAN, H., *The Democratic Leader. How Democracy Defines, Empowers, & Limits Its Leaders*, Oxford University Press, Oxford, 2012.
- KANTOROWICZ, E., *I due corpi del Re. L'idea di regalità nella teologia politica medievale*, Einaudi, Turín, 2012 [Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval, Akal, Madrid, 2012].
- LANE, D., *L'ombra del potere*, Laterza, RomaBari, 2005.
- LAZAR, M., *Democrazia alla prova. L'Italia dopo Berlusconi*, Laterza, RomaBari, 2007.
- LINZ, J. J., *Democrazia e autoritarismo. Problemi e sfide tra xx e xxi secolo*, Il Mulino, Bologna, 2006.
- LOSURDO, D., *Democrazia o bonapartismo. Trionfo e decadenza del suffragio universale*, Bollati Boringhieri, Turín, 1993.
- MAIR, P., *Governare il vuoto. La fine della democrazia dei partiti*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2016 [Governando el vacío, Alianza Editorial, Madrid, 2015].
- MARKOFF, J., *Waves of Democracy. Social Movements and Political Change*, Paradigm Publishers, BoulderLondres, 2015.
- MARRA, W., *Vendere un'idea. Il consenso nell'era Renzi*, Marsilio, Venecia, 2016.
- MASTROPAOLO, A., *La democrazia è una causa persa? Paradossi di un'invenzione perversa*, Bollati Boringhieri, Turín, 2011.
- MORGAN, E., *Inventing the People. The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, W.W.W. Norton, Nueva YorkLondres, 1989.
- OSTROGORSKI, M. Y., *La democrazia e i partiti politici*, edic. de G. Quagliariello, Rusconi, Milán, 1991 [La democracia y los partidos políticos, Trotta, Madrid, 2008].

- PALMER, R. R., *L'era delle rivoluzioni democratiche*, Rizzoli, Milán, 1971.
- PAZÉ, V., *In nome del popolo. Il problema democratico*, Laterza, RomaBari, 2011 [*En nombre del pueblo. El problema democrático*, Marcial Pons, Madrid, 2013].
- PHARR, S. J. y PUTNAM, R. D., *Disaffected Democracies: What's Troubling the Trilateral Countries?*, Princeton University Press, Princeton, 2000.
- POLSI, A., *Storia dell'Onu*, Laterza, RomaBari, 2006.
- POMBENI, P., *Partiti e sistemi politici nella storia contemporanea*, Il Mulino, Bologna, 1994.
- PRETEROSSO, G., *Ciò che resta della democrazia*, Laterza, RomaBari, 2015.
- RANCIÈRE, J., *L'odio per la democrazia*, Cronopio, Nápoles, 2007 [*El odio a la democracia*, Amorrurtu, Buenos Aires, 2006].
- ROSANVALLON, P., *Il popolo introvabile. Storia della rappresentanza democratica in Francia*, Il Mulino, Bologna, 2005 [*El pueblo inalcanzable. Historia de la representación democrática en Francia*, Instituto Mora, México, 2004].
- SALVADORI, M. L., *Democrazia. Storia di un'idea tra mito e realtà*, Donzelli, Roma, 2015.
- *Potere e libertà nel mondo moderno. John C. Calhoun: un genio imbarazzante*, Laterza, RomaBari, 1996.
- SALVI, C. y VILLONE, M., *Il costo della democrazia*, Mondadori, Milán, 2005.
- SARTORI, G., *Democrazia. Cosa è*, Rizzoli, Milán, 1993 [*¿Qué es la democracia?*, tautus, Madrid, 2007].
- *Homo videns. Televisione e postpensiero*, Laterza, RomaBari, 1999.
- SCHUMPETER, J. A., *Capitalismo socialismo democrazia*, Etas Kompass Libri, Milán, 1973 [*Capitalismo, socialismo y democracia*, Página Indómita, Barcelona, 2015].
- STELLA, G. A. y RIZZO, S., *La casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili*, Mondadori, Milán, 2007 [*La casta. De cómo los políticos se volvieron intocables*, Capitán Swing, Madrid, 2015].

- «The Economist» Intelligence Unit, *Democracy Index*, www.eiu.com.
- TILLY, C., *Conflitto e democrazia in Europa, 1650-2000*, Bruno Mondadori, Milán, 2007.
- *La democrazia*, Il Mulino, Bologna, 2009 [*Democracia*, Akal, Madrid, 2010].
- de TOCQUEVILLE, A., *La democrazia in America*, edic. de G. Candeloro, Rizzoli, Milán, 1982 [*La democracia en América*, 2 vols., Alianza Editorial, Madrid, 2017].
- VECCHI, D., *Matteo Renzi. Il prezzo del potere*, Chiarelettere, Milán, 2016.
- VENTURA, S., *Renzi & Co. Il racconto dell'era nuova*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2015.
- VV. AA., *In che stato è la democrazia?*, Nottetempo, Roma, 2010.
- WOOD, G. S., *I figli della libertà. Alle origini della democrazia americana*, Giunti, Florencia, 1996.
- ZAKARIA, F., *Democrazie senza libertà in America e nel resto del mondo*, Rizzoli, Milán, 2003.

Índice onomástico

Título original: *In democrazia il popolo è sempre sovrano (Falso!)*

Traducción de Carlo A. Caranci

Edición en formato digital: 2018

Copyright © 2016, Gius-Laterza & Figli. All rights reserved

© de la traducción: Carlo A. Caranci Díez-Gallo, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-082-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es